

## INFORME DE A. BORDIGA SOBRE EL FASCISMO AL V CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

(En la primera parte de su discurso, el orador resume su informe sobre el fascismo al IV Congreso de la Internacional Comunista, efectuado el 16 de noviembre de 1922, poco después de la marcha sobre Roma).

(Vigésima tercera sesión, 2 de julio de 1924)

En mi primer informe, no he abordado la cuestión que ha surgido en nuestro seno en el IV Congreso, y a la cual el camarada Zinóviev ha hecho alusión en su discurso: ¿qué ha ocurrido en Italia después de la salida de la delegación italiana hacia Moscú, un golpe de Estado o una farsa? Trataré brevemente esta cuestión que, a mi modo de ver, es triple: ¿se trataba de una revolución, de un golpe de Estado o de una farsa?

Recordaré los hechos que han caracterizado la toma del poder por los fascistas. No ha habido lucha armada, sino solamente una movilización de las tropas fascistas que amenazaban con tomar revolucionariamente el poder, y una especie de movilización defensiva del Estado, que en un momento dado proclamó el estado de sitio. Pero prácticamente, el Estado no se ha defendido y no se ha llegado hasta la lucha armada. En vez de choques violentos ha habido un compromiso, y en cierta medida la lucha fue, por así decir, aplazada; no porque el rey se hubiese negado a aprobar el decreto del estado de sitio, sino porque evidentemente dicho compromiso había sido preparado con antelación. El gobierno fascista se ha constituido, por lo tanto, normalmente. Después de la dimisión del gobierno Facta, el rey llamó a Mussolini para que formase un nuevo gobierno. El jefe de la presunta revolución ha viajado de Milán a Roma en coche-cama, siendo saludado en todas las estaciones por los representantes oficiales del Estado. No se puede, por lo tanto, hablar de revolución, no sólo porque no ha existido ningún ataque insurreccional contra el poder establecido, sino también por todas las demás razones que hemos expuesto acerca de la significación histórica del fascismo. Desde el punto de vista social, el fascismo no representa ningún trastorno. No posee ningún programa nuevo; no representa tan siquiera la negación histórica de los viejos métodos de gobierno de la burguesía; representa únicamente el fin lógico y dialéctico de la fase precedente de gobiernos burgueses democráticos y liberales.

Nosotros negamos rotundamente la afirmación tantas veces repetida por los fascistas, según la cual la toma del poder por su parte constituiría una revolución. En sus discursos Mussolini dice: hemos llevado a cabo una revolución. Y nosotros le replicamos: no ha habido ninguna revolución, ninguna lucha, ningún terror revolucionario, porque no ha habido ninguna **«conquista del poder»** en el sentido propio del término, ni un verdadero aniquilamiento del enemigo. Entonces, Mussolini responde con un argumento que, desde el punto de vista histórico, es bastante ridículo: **«tenemos tiempo todavía para eso, en cualquier momento podemos completar nuestra revolución»**. Solamente la revolución no puede ser puesta en conserva ni siquiera por el más fuerte y audaz de los jefes. No es con argumentos por el estilo como se puede rebatir nuestra crítica. No se puede decir, es verdad, esos hechos son exactos, pero tienen solución no importa en qué momento. Naturalmente, siempre es posible que estallen nuevas luchas. Pero la marcha sobre Roma no ha sido ni una batalla ni una revolución. Y si se objeta a esto que ha tenido lugar un cambio inesperado en el gobierno, un golpe de Estado, yo no me pararía

a pensar sobre este punto, porque la cuestión se reduce, en último término, a un juego de palabras. Incluso cuando hablamos simplemente de golpe de Estado, designamos un cambio de gobierno que no se limita a un cambio puro y simple de personas, o a una simple sustitución del estado mayor en el poder, sino a aquel que elimina violentamente el tipo de gobierno que había. Pero el fascismo no ha hecho nada de esto. Ha discurrido mucho contra el parlamentarismo; su teoría era anti-democrática y anti-parlamentaria. Pero en su conjunto, su programa social no es otro que el viejo y mentiroso programa democrático, es decir, nada más que una simple arma ideológica para el mantenimiento de la dominación de la burguesía. El fascismo se ha vuelto rápidamente parlamentario, incluso antes de la toma del poder. Ha gobernado durante un año y medio sin disolver el viejo parlamento, que estaba compuesto en su gran mayoría por gente que no era fascista y el resto eran anti-fascistas. Con la agilidad que caracteriza a los políticos burgueses, esta Cámara se ha dado prisa para ponerse a disposición de Mussolini para legalizar su posición y otorgarle todos los votos de confianza que necesitase. El primer gabinete Mussolini (y él mismo hacía especial hincapié sobre este hecho en sus **«discursos de izquierda»**) no era puramente fascista, ya que incluía a representantes de los partidos burgueses más importantes (el de Giolitti; el Partido Popular, el de izquierda democrática). Se trataba, por tanto, de un gobierno de coalición. He aquí lo que ha engendrado el presunto golpe de Estado. Un partido que contaba con 35 diputados en la Cámara ha tomado el poder y ha ocupado la mayoría de las carteras ministeriales y los cargos de sub-secretario.

Por otra parte, es preciso señalar un hecho histórico muy importante, que no se produjo durante la marcha sobre Roma: quiero hablar de la ocupación de toda Italia por los fascistas, ocupación favorecida por el curso de los acontecimientos y que puede ser estudiada geográficamente. La toma del poder por Mussolini no fue nada más que el reconocimiento de una relación de fuerzas creada con anterioridad. Todos los gobiernos que habían estado en el poder (sobre todo el de Facta) habían dejado campo libre al fascismo. Era él quien gobernaba Italia; tenía las manos completamente libres y podía disponer del aparato del Estado. El gobierno Facta no se mantuvo más que dos meses, esperando el momento en que el fascismo pudiese asumir oficialmente el poder.

Es por esta razón que nosotros hemos empleado el término **«comedia»**.

En cualquier caso, mantenemos plenamente que no se ha tratado de una revolución. Ha tenido lugar un cambio en las fuerzas dirigentes de la burguesía, pero este cambio ha sido preparado y llevado a cabo poco a poco. No se diferencia en nada del programa de la burguesía italiana, ni sobre el plano económico y social, ni incluso sobre el de la política exterior. En efecto, la gran fuerza de choque de la presunta revolución fascista, antes o después de la marcha sobre Roma, no ha residido en el empleo oficial del aparato del Estado, sino en la reacción ilegal apoyada tácitamente por la policía, los

ayuntamientos, la burocracia y el ejército. Este acuerdo tácito, es preciso subrayarlo enérgicamente, era ya total *antes* de la toma del poder por los fascistas.

En sus primeros discursos en la Cámara, Mussolini ha dicho: podría cazaros en esta sala con mis tropas. Tengo el poder para hacerlo, pero no lo hago. La Cámara puede seguir ejerciendo sus funciones si está dispuesta a colaborar conmigo. Y claro, la gran mayoría de la vieja Cámara se ha doblegado voluntariamente ante las órdenes del nuevo jefe.

Se puede establecer que, después de la toma del poder, los fascistas no han introducido ninguna legislación nueva. Sobre el plan de la política interior, ninguna ley de excepción ha sido promulgada. Ha habido persecuciones políticas, de las cuales hablaremos; pero oficialmente las leyes no han sido modificadas y no ha habido decretos excepcionales del tipo de aquellos que los gobiernos burgueses han promulgado en el pasado en los períodos revolucionarios, como por ejemplo bajo Crispi y Pelloux, que se defendieron durante cierto tiempo contra los partidos revolucionarios y sus dirigentes mediante el estado de sitio, los tribunales militares y las medidas represivas.

El fascismo continúa empleando contra las fuerzas proletarias el mismo método que antes de la toma del poder. Los fascistas han declarado que sus tropas de asalto legales serían disueltas en cuanto los demás partidos hiciesen lo mismo. En realidad, las organizaciones fascistas de combate no han desaparecido en tanto que organizaciones exteriores al Estado más que para verse integradas en él como «**Milicia Nacional**». Igual que antes, esta fuerza armada queda a disposición del Partido Fascista y de Mussolini en particular. Representa una nueva organización inmersa oficialmente en el aparato del Estado. Es el pilar del fascismo.

La cuestión de saber si es preciso dejar que desaparezca esta organización no está a la orden del día. ¿Se le puede exigir al fascismo que utilice medios constitucionales en política interior, en lugar de utilizar estos nuevos órganos? Naturalmente, no ha aceptado todavía las viejas normativas del derecho constitucional y la Milicia queda para intimidar a todos aquellos que aspiran a derribar el poder fascista.

En el plano jurídico no existen en nuestro país leyes de excepción. Cuando en febrero de 1923 millares de comunistas italianos fueron arrestados, se creyó que el fascismo comenzaba una campaña judicial contra nosotros y que tomaría medidas enérgicas haciendo pronunciar las más severas sentencias. Pero la situación se desarrolló muy favorablemente y fueron juzgados al amparo de las viejas leyes democráticas. El código penal italiano (obra del representante de la extrema izquierda burguesa, el ministro Tanardelli) es extremadamente liberal y deja abiertas numerosas posibilidades; sobre todo en el terreno de los delitos políticos y de opinión, es moderado y elástico. Nos fue por tanto fácil tomar la siguiente posición: **«comprenderíamos perfectamente que el fascismo se librase de sus adversarios y tomase medidas dictatoriales contra nosotros. Tiene perfectamente razón al juzgarnos y condenarnos porque somos comunistas, y porque nuestro fin es el de echar abajo el gobierno existente mediante una acción revolucionaria; pero desde el punto de vista jurídico, lo que hacemos no es defendible. Ciertas cosas están prohibidas, pero no poseéis ninguna prueba acerca de la presunta conjuración y de la presunta asociación de forajidos sobre la cual reposa la acusación»**. No

solamente hemos sostenido este punto de vista, sino que nos ha valido la absolución del tribunal porque era del todo imposible condenarnos sobre la base de las leyes vigentes.

Pudimos constatar que el aparato jurídico y policial no estaba de ningún modo a la altura de su función desde el punto de vista fascista. El fascismo se había amparado en el aparato del Estado, pero no había sido capaz de transformarlo para sus propios fines. No quería librarse de los jefes comunistas mediante procesos. Tenía sus cuadros, sus propias organizaciones terroristas, pero en el campo de la justicia, no creía tener necesidad de armas nuevas. Esto demuestra a mi entender una vez más que, para luchar contra el proletariado, las garantías que la justicia liberal ofrece a la burguesía son del todo insuficientes. Es cierto que, en tales circunstancias, nuestra defensa ha debido pasar por vías legales, pero el adversario se encuentra en posesión de una organización ilegal, merced a la cual podría resolver la cuestión de forma muy distinta; esas garantías democráticas pierden para él todo significado.

El fascismo continúa con la vieja política de mentiras democráticas de izquierda, la igualdad de todos ante la ley, etc... Esto no le impide dedicarse a graves persecuciones contra el proletariado, pero en lo que concierne a los procesos puramente políticos contra los dirigentes del proletariado revolucionario, el fascismo no ha aportado nada nuevo al sistema clásico de los gobiernos democráticos burgueses. Pues una revolución se caracteriza siempre por la transformación de las leyes políticas.

A continuación voy a tratar de forma breve los acontecimientos ocurridos después de la toma del poder por el fascismo.

Antes diré algunas palabras acerca de la situación económica en Italia. Los fascistas siguen repitiendo que la crisis económica de 1920–21 ha dado paso a la prosperidad desde que ellos están en el poder. Pretenden decir que, después de dos años, esta situación se ha estabilizado, que el equilibrio económico ha sido restablecido, que el orden ha sido instaurado y que, en conjunto, la situación ha mejorado notablemente. Tales serían las ventajas del fascismo para todas las clases sociales, de cuyas bendiciones todo el pueblo italiano sería deudor. Esta tesis oficial está apoyada por una movilización de gran estilo de toda la prensa y por todos los medios de que dispone un partido sólidamente instalado en el poder. Pero no es nada más que una mentira oficial. En Italia, la situación económica es actualmente mala. El valor de la lira no ha estado nunca tan bajo desde el fin de la guerra: vale apenas 4,3 centavos americanos. El fascismo no ha conseguido mejorar la situación. Es cierto lo que dice Mussolini acerca de que el valor de la lira estaría más bajo si él no estuviese en el poder, pero este argumento no puede tomarse en serio.

Los fascistas pretenden entre otras cosas haber restablecido el equilibrio del presupuesto. Esto es verdad desde el punto de vista material: es de destacar que, con los balances del Estado, se puede demostrar todo lo que se quiera. De cualquier modo, los fascistas no han podido rebatir los argumentos de la oposición que han demostrado, con las cifras en la mano, que si el precio del carbón no había bajado en relación a 1920–21 y los gastos de la guerra no habían sido registrados de una forma nueva desde un punto de vista puramente administrativo, el déficit del Estado aparece hoy como muy superior al de 1920–21.

En cuanto a los índices económicos, demuestran un empeoramiento general de la situación. Es verdad que el nº de parados es inferior al de 1920 y sobre todo al de 1921, que era

enorme, pero durante los últimos meses, el paro ha vuelto a aumentar y la crisis industrial no ha sido rebasada definitivamente. En el terreno de los negocios, la situación es extremadamente tensa y el comercio atraviesa grandes dificultades, como demuestra la estadística de quiebras, las cuales han aumentado considerablemente en relación a los últimos años. El índice del coste de la vida en las grandes ciudades ha aumentado también. En resumen, está claro que el conjunto de la situación económica en Italia se agrava y no se estabiliza. Bajo la presión de la burguesía, todo lo que el fascismo ha conseguido producir es solamente una estabilidad exterior. Los índices oficiales demuestran que todo lo que se ha conseguido ha sido exclusivamente fruto de una terrible presión ejercida sobre el proletariado, que todo lo que se ha realizado ha sido a expensas de la clase proletaria y en interés exclusivo de la clase dominante. No se debe olvidar que la misma existencia de esta presión despiadada presagia una explosión de las clases que han sido sacrificadas en la tentativa hecha por el fascismo para restablecer la situación económica en el exclusivo interés de la gran burguesía.

Trataré ahora sobre la actitud del gobierno fascista respecto a los obreros. He apuntado anteriormente que los grandes procesos políticos intentados contra nosotros han sido la prueba de la insuficiencia del aparato judicial del Estado fascista. Pero graves persecuciones contra el proletariado han tenido lugar en cuanto se ha acusado a nuestros camaradas, no de delitos considerados por el código como «**políticos**», sino como delitos comunes. Numerosos enfrentamientos se han producido y continúan produciéndose entre fascistas y proletarios, sobre todo comunistas, y en ellos hay muertos y heridos por ambos bandos. Es notorio señalar que bastante después de la toma del poder por el fascismo, la más completa impunidad acompañaba a los fascistas que habían matado obreros, incluso existiendo contra ellos pruebas graves. Por el contrario, los obreros que habían herido o matado a algún fascista para defenderse eran condenados a las más severas penas. La amnistía que acaba de ser pronunciada beneficia exclusivamente a aquellos que han cometido delitos de carácter común con *finis nacionales*: o sea, una amnistía para los criminales fascistas, en tanto que los delinquentes que tenían un objetivo anti-nacional, es decir, combatir contra el fascismo, deben atenerse a las más terribles penas. Se trata, por lo tanto, de una pura amnistía de clase.

Otra amnistía ha reducido las penas de 2 o 3 años, pero es preciso saber que nuestros camaradas han sido casi siempre condenados a 10, 15, y 20 años de prisión. Centenares y centenares de obreros y camaradas italianos se encuentran actualmente en prisión, debido a que no han podido pasar a tiempo la frontera después de los choques armados con los fascistas, en los cuales han participado y que habían sido casi siempre provocados por los fascistas. El gobierno actual ejerce así la represión más feroz contra la clase obrera. Esta no puede ni tan siquiera intentar defenderse contra el terror fascista sin que la justicia intervenga inmediatamente contra ella, de tal forma que no difiere para nada de los clásicos procesos políticos por «**traición**». Jurídicamente, todas las garantías permiten al partido comunista, al movimiento anarquista, etc... subsistir como antes. ¿Pero en teoría qué tiene esto de imposible?

Las cosas están igual en lo que respecta a la prensa. Oficialmente, la libertad de prensa sigue vigente. Todos los partidos están autorizados a publicar sus órganos, pero en tanto no existen disposiciones oficiales en este sentido, los censores

pueden impedir la salida de un periódico. Hasta ahora sólo los periódicos comunistas han sido prohibidos. Nuestro diario *Il Laboratore* de Trieste lo ha sido en aplicación de una ley austriaca todavía vigente en esta ciudad. Así, las viejas leyes austriacas son empleadas contra los revolucionarios a los que, durante la guerra, se denunciaba como cómplices de Austria debido a su derrotismo.

Es preciso señalar también el sistema ya conocido, que consiste en hacer suprimir los periódicos, perseguir a sus redactores o sabotear las asociaciones de periodistas, por medio de bandas armadas, lo cual hace imposible la publicación de la prensa proletaria. Todavía hoy, nuestros periódicos, lo mismo que los órganos de la oposición, son con frecuencia destruidos o quemados antes de que lleguen a su destino.

El gobierno fascista ejerce también una terrible presión sobre los sindicatos. Los obreros son obligados por la fuerza a entrar en los sindicatos fascistas. Las sedes de los sindicatos rojos han sido destruidas. Pero a pesar de todo, los fascistas no han conseguido agrupar a las masas dentro de sus organizaciones, y las cifras de adherentes que publica sólo son una fantasmada. En realidad, el proletariado está hoy desorganizado sindicalmente. A veces, las masas participan en los movimientos que dirigen los fascistas, pero es únicamente porque no tienen ninguna otra posibilidad de llevar a cabo la huelga general. Algunos obreros, algunas categorías que en su gran mayoría no son partidarios de los sindicatos fascistas y votan contra ellos a favor de los candidatos revolucionarios en las elecciones de las comisiones internas, se ven forzados a integrarse al sindicato fascista para de esta forma poder intentar la lucha contra la burguesía. De esto resulta un grave conflicto dentro del movimiento sindical fascista. Este no puede impedir las huelgas y es arrastrado en la lucha contra las organizaciones fascistas de empresarios. Este conflicto en el seno de las organizaciones fascistas y gubernamentales se resuelve a costa de los obreros. De aquí surge un descontento y una crisis grave que los jefes del movimiento sindical fascista no han podido disimular en las reuniones de los últimos meses. Su tentativa de organizar al proletariado industrial ha fracasado. Su acción tiende por tanto a crear un pretexto, de todas formas superfluo, destinado a frenar las actividades de los sindicatos libres y para perpetuar la desorganización del proletariado.

Últimamente, el gobierno ha tomado medidas contra los sindicatos libres decretando que el trabajo de organización y de administración interna de los sindicatos debe estar controlado por el Estado. Esto es algo muy grave, pero no cambia nada la situación, puesto que el trabajo de los sindicatos libres se hallaba casi paralizado por otra serie de medidas.

Los sindicatos libres continúan existiendo, tales como las Bolsas Trabajo, las federaciones de oficios, etc... pero es del todo imposible decir cuál es actualmente el número de sus adherentes, incluso en los que se ha conseguido mantener el contacto con las masas, pues la percepción de cotizaciones y la propaganda son casi imposibles. Hasta ahora, no ha sido posible reconstituir los cuadros de las organizaciones sindicales en Italia. Pero la gran ventaja del fascismo residiría justamente, según él, en el hecho de que no hay más huelgas: para la burguesía y para los filisteos de la clase media, este es el punto clave.

Pretenden demostrar que en 1920, cuando todavía no existía el fascismo, las masas obreras salían todos los días a las calles, ya fuese por una huelga, como por una manifestación, o por cualquier tumulto, mientras que hoy, no hay más huelgas,

ni más agitaciones, y el trabajo se desarrolla sin interrupción en las fábricas y el orden y la paz reinan. Este es el punto de vista patronal.

Pero pese a todo, sigue habiendo huelgas, y en el curso de las mismas se han producido incidentes dignos de mención, como consecuencia de las relaciones entre sindicatos fascistas, obreros revolucionarios, gobierno y patronos. La situación es profundamente inestable. La lucha de clase continúa, como lo atestiguan una serie de acontecimientos significativos. A pesar de todos los obstáculos, no hay ninguna duda de que continúa desarrollándose. La acción del gobierno fascista se dirige también contra los obreros de las empresas estatales. Por ejemplo, los ferroviarios están sometidos a un verdadero terror. Naturalmente, primero se han desembarazado de todos los miembros activos de las organizaciones revolucionarias; las organizaciones de los ferroviarios pertenecían a los sindicatos cuya dirección estaba más a la izquierda. Del mismo modo se ha procedido en una serie de otras empresas dependientes del Estado.

Los fascistas repiten continuamente que han ofrecido a los proletarios una gran conquista, la jornada de 8 horas, preguntando en qué otro Estado el gobierno ha promulgado una ley semejante. Pero la aplicación de esta ley está sometida a cláusulas que anulan el principio de la jornada de 8 horas. Incluso aplicándola al pie de la letra, se podría imponer una jornada de trabajo muy superior a 8 horas. Resumiendo, la ley no se aplica. Con la aprobación de los sindicatos fascistas, los patronos hacen lo que quieren en las empresas. Por otra parte, el proletariado italiano había ya conquistado la jornada de 8 horas con sus organizaciones y algunas federaciones profesionales habían reducido aún más el tiempo de trabajo. No se trata, por tanto, de un «regalo» que el fascismo haya ofrecido al proletariado italiano. En realidad, se puede decir que si el paro aumenta, es porque los patronos obligan a los obreros a trabajar mucho más de 8 horas. Las demás «conquistas» ni tan siquiera merecen ser citadas. Los obreros que habían asegurado ya ciertos derechos, una relativa libertad de movimiento y de agitación en las fábricas, sufren ahora una disciplina férrea. El obrero italiano trabaja hoy bajo el «knout» (látigo).

Todas las cifras disponibles muestran cómo los salarios han disminuido enormemente después de haber alcanzado momentáneamente un nivel correspondiente al encarecimiento de los artículos de primera necesidad, que cuestan hoy 4 o 5 veces más que antes de la guerra. El nivel de vida de los obreros ha bajado mucho. Si es cierto que el «orden» ha sido restablecido en las fábricas, no lo es menos que se trata de un orden reaccionario, en interés exclusivo de la explotación patronal. Algunos ejemplos lo demuestran bien. Pese a estar dirigida por oportunistas notorios como Giuletti (o precisamente por esta razón), la organización de los trabajadores marítimos había conseguido hasta cierto punto resistir al poder fascista y sobrevivir a la marcha sobre Roma. Pareja a esta organización existía una cooperativa de estibadores llamada «Garibaldi», la cual, respecto al nuevo contrato que debía ser firmado entre el gobierno y los armadores, tenía la intención de hacer ofertas muy ventajosas. Para los grandes armadores, esto suponía una concurrencia peligrosa que los hubiese obligado a hacer ofertas menos rentables para ellos. ¿Qué han hecho entonces? Un grupo de reyes de la navegación ha dado una orden al gobierno fascista, la cual ha sido ejecutada velozmente: bajo el pretexto de un conflicto

provocado por las autoridades locales, el gobierno ha ordenado a la policía ocupar las oficinas de la cooperativa y la ha obligado a interrumpir su actividad.

La situación es muy complicada, pero está claro que el aparato del Estado fascista está al servicio de los grupos capitalistas que luchan contra la clase obrera. Toda la vida del proletariado, toda la vida industrial en Italia, demuestran de la forma más clara que en nuestro país se la realizado la forma más extrema del desarrollo del gobierno en órgano dirigente y comité de intereses de los capitalistas. Se puede señalar los mismos fenómenos con respecto a los obreros agrícolas. Citaré por ejemplo la huelga de los «limpiadores» de los arrozales de la Lomellina. Esta huelga se declaró con la aprobación inmediata del sindicato fascista, pero chocó frente al terror de toda la reacción dirigida contra ella: los huelguistas fueron atacados por la policía y la milicia, es decir, por los órganos del gobierno fascista, y el movimiento fue aplastado sangrientamente. Existen centenares de ejemplos parecidos que dan una imagen de la situación en la cual se encuentra hoy el proletariado italiano. La política sindical fascista permite a los obreros intentar la lucha, pero en cuanto estalla el conflicto entre obreros y patronos, el gobierno interviene con brutalidad para proteger la explotación capitalista.

¿Cuáles son ahora las relaciones entre el fascismo y las clases medias? Toda una serie de hechos prueba que estas se sienten engañadas. Al principio, veían en el fascismo su propio movimiento y el alba de una nueva época histórica. Creían que el período de la dominación de la gran burguesía y de sus jefes políticos había llegado a su fin, y eso sin haber venido todavía la dictadura proletaria, la revolución bolchevique que les había hecho temblar en 1919–20. Creían que la dominación de las clases medias, de aquellos que habían hecho la guerra y conseguido la victoria, estaba a punto de instaurarse; se imaginaban que podían crear una potente organización para tomar la dirección del Estado en sus manos. Querían llevar a cabo una política autónoma para defender sus intereses, una política dirigida a la vez contra la dictadura capitalista y contra la dictadura proletaria. El desmoronamiento de este programa viene confirmado por las medidas del gobierno fascista, que no golpea duramente sólo al proletariado, sino también a estas clases medias que se creían que habían instaurado su propio poder, su propia dictadura, y que incluso se habían dejado arrastrar a manifestaciones en contra del viejo aparato de dominación burguesa que suponían abatido merced a la revolución fascista. Las medidas gubernamentales del fascismo muestran que este se encuentra al servicio de la gran burguesía, del capital industrial, financiero y comercial, y que su poder está dirigido contra los intereses *de todas las demás clases*.

Sus medidas sobre la vivienda, por ejemplo, afectan a todas las clases sin distinción. Durante la guerra, una moratoria imponía a los propietarios de viviendas ciertas limitaciones en el aumento de los alquileres. Los fascistas lo han suprimido. Es cierto que después de haber restablecido una libertad ilimitada en este terreno, se ven ahora obligados a promulgar una nueva ley limitando los derechos de los propietarios de casas. Pero esta ley es puramente demagógica y su fin se limita a apaciguar la cólera suscitada por la primera ley. Hasta ahora, la escasez de viviendas es enorme. Otro tanto se puede decir respecto de la reforma escolar, «la más fascista de todas las reformas», como la ha definido Mussolini, la cual ha sido preparada por el célebre filósofo Gentile. Desde el punto de vista técnico, se trata de una reforma que debe ser

tomada en serio. Con el fin de resolver la cuestión sobre bases nuevas, se ha llevado a cabo un trabajo realmente sobresaliente. Pero la tendencia de esta reforma es enteramente aristocrática: hace del todo imposible a los hijos de los obreros, a los que no poseen medios dignos de pequeños-burgueses, recibir una buena instrucción. Sólo las familias que pueden pagar los altos precios de la enseñanza a sus hijos tienen el privilegio de la cultura. Es por esto que la clase media y la pequeña-burguesía han acogido esta reforma con muy mal talante, en particular los maestros y profesores, pues han visto agravarse sus condiciones económicas y cómo son sometidos a una disciplina más estricta.

Otro ejemplo: para reforzar la burocracia, el fascismo ha procedido a una revisión de los sueldos de los funcionarios según el siguiente principio: disminución de los salarios más bajos y aumentos de los de los funcionarios superiores. Esta reforma ha provocado también un resentimiento contra el gobierno fascista en medio del personal subalterno del Estado.

No podemos tratar aquí a fondo la cuestión de los impuestos, pero la fiscalía fascista demuestra claramente el carácter de clase del gobierno. Este último quería equilibrar el presupuesto, pero sin tomar ninguna medida contra los capitalistas: para aumentar los ingresos, solamente ha incrementado las cargas sobre el proletariado, los consumidores, la clase media y la pequeña burguesía.

Una de las principales causas del malestar reside en la forma en que el fascismo ha tratado a la población agrícola, pequeños arrendatarios, etc... Si el fascismo es el enemigo jurado del proletariado industrial, también ha agravado de manera no menos sensible las condiciones de vida de la clase campesina. Los gobiernos precedentes habían tomado ya sus medidas para reglamentar el impuesto sobre la tierra, pero estas no habían sido puestas en práctica. El ministro fascista De Stefani ha llevado a cabo su aplicación de una forma tan draconiana que una importante carga fiscal pesa sobre toda la pequeña propiedad campesina, e incluso sobre las rentas de los pequeños campesinos y trabajadores agrícolas. Esta carga se hace todavía más pesada si le añadimos los impuestos municipales y provinciales que, anteriormente, las administraciones locales socialistas habían reglamentado en un sentido anti-capitalista y favorable a los obreros. Hoy, por el contrario, los impuestos sobre el ganado y las demás tasas hacen más difícil que nunca la vida de los pequeños campesinos. Recientemente, el impuesto sobre el vino ha sido disminuido ligeramente para apaciguar el descontento en los campos. Pero todos estos impuestos continúan representando una terrible carga para la población agrícola.

Voy a citar solamente el ejemplo de un camarada de la delegación italiana que es un pequeño campesino. Para una superficie de 12 hectáreas, de las cuales él es propietario en una parte, arrendando el resto, y que le produce 12.000 liras, debe pagar un impuesto de 1.500 liras, o sea, el 12,5%. ¡Es fácil deducir lo que debe sacar de la tierra para asegurar la existencia de una familia y del personal!

En el Sur se está produciendo un fenómeno que merece ser remarcado. El último año, la vendimia había sido excelente. Los precios bajaron enormemente, y este año el vino se vende a precios muy bajos. Los arrendatarios, que son muy numerosos en esta región, dicen que no sacan ningún beneficio. En efecto, en los sitios donde se practican otros cultivos aparte de la vid, los arrendatarios cuentan con estas otras producciones para cubrir bien o mal sus costes de producción, y es la viticultura la que les permite vivir. Pero con el precio actual del

vino, los impuestos y los costes de fabricación del vino, esto no es posible. Los precios de venta son iguales a los costes de producción. El campesino y su familia, no teniendo de qué vivir, se ven obligados a cargarse de deudas, a pedir préstamos a los pequeños burgueses de los pueblos o de los grandes propietarios, y en este último caso, por lo tanto, a hipotecar su tierra. Inmediatamente después de la guerra, la ley prohibió el aumento de los precios de los arriendos. Los fascistas han derogado esta ley, y los precios que los pequeños arrendatarios deben pagar hoy a los terratenientes han aumentado del orden del 100 al 400%. Incluso las cláusulas relativas al reparto de la cosecha entre propietarios y arrendatarios han sido modificadas radicalmente en perjuicio de los últimos. Para vivir, el pequeño propietario se ve obligado a vender una parte de su tierra, o a renunciar a la parcela que había comprado, la mitad al contado y la otra mitad a convenir. Hoy, si no puede pagar pierde inmediatamente ya sea el terreno o el dinero empleado. Se está produciendo una verdadera expropiación de los pequeños propietarios. Después de haber comprado, una vez terminada la guerra, la tierra a precios elevados, no poseen actualmente dinero líquido y se ven obligados a vender la tierra a precios inferiores. Esta auténtica expropiación llevada a cabo por los grandes propietarios es un fenómeno que tiende a generalizarse cada vez más. Todas las medidas del gobierno fascista en este campo han tenido por único resultado agravar las condiciones de vida del proletariado agrícola.

En el pasado, los socialistas condujeron una agitación respecto de la cual no podemos estar plenamente de acuerdo: buscaban la forma de que el gobierno llevase a cabo grandes trabajos de bonificación para emplear a los trabajadores y asalariados agrícolas y combatir el paro aligerando el mercado de trabajo en el campo. El gobierno fascista ha suspendido estos trabajos para establecer de nuevo el equilibrio del presupuesto. Un gran número de trabajadores agrícolas han sido arrojados al mercado de trabajo, la miseria en los campos ha aumentado y las condiciones de vida del proletariado rural se han agravado de igual forma.

El descontento está dirigido directamente contra el gobierno. Los fascistas han hablado mucho del parasitismo de las viejas cooperativas rojas que explotaban al Estado merced a una presión sobre el Parlamento en favor de los trabajos públicos; pero, hoy, ellos hacen exactamente lo mismo. Buscan con sus cooperativas fascistas (ya que casi todo el antiguo aparato socialista ha pasado a sus manos) llevar a cabo una política análoga en interés de la nueva burocracia fascista.

Las condiciones con las cuales el fascismo ha hundido al campesinado son tales que hoy esta clase reconoce en el gobierno una potencia hostil a sus intereses y toma poco a poco una actitud de lucha respecto a él. Se han dado ya casos de revueltas campesinas armadas contra los impuestos y las administraciones municipales fascistas. Este es un hecho sumamente importante que caracteriza muy bien la situación.

Después de estas observaciones acerca de la política social del fascismo, pasaré a analizar otros sectores, y en particular la política fascista en el terreno religioso. Esta constituye un buen ejemplo de su versatilidad teórica. En un principio, para aprovecharse de ciertos estados de ánimo tradicionales entre las capas medias y los intelectuales, el fascismo se dio un programa anti-clerical y combatió al partido popular católico para restarle influencia en el campo. En un segundo período, junto al partido popular, el fascismo se ha convertido en el partido oficial de la religión y del catolicismo.

Es un hecho que destacar desde el punto de vista histórico y teórico. El Vaticano hace una política pro-fascista. Acepta con satisfacción las concesiones que el gobierno fascista le ha hecho mejorando las condiciones de vida del clero y restableciendo la enseñanza religiosa. Mussolini, que en Suiza había editado una biblioteca antirreligiosa (una serie de 5 fascículos demostrando la inexistencia de Dios y recordando las fechorías de los papas, la historia de la mujer elevada al trono pontifical y todas las demás bobadas de las cuales se han servido para ofuscar el cerebro de los trabajadores), Mussolini en persona, invoca hoy al Padre Eterno cada vez que lo cree oportuno y proclama que él gobierna Italia «**en nombre de Dios**».

El oportunismo político del Vaticano oculta un antagonismo fundamental que, por otra parte, se muestra claramente en las relaciones entre los fascistas y los miembros del partido popular (que constituye una especie de democracia cristiana): y este antagonismo es que la idea católica en tanto que tal se opone al fascismo porque este representa una divinización de la patria y de la nación lo que, desde el punto de vista católico, constituye una herejía. El fascismo querría hacer del catolicismo un asunto nacional italiano. Pero la iglesia católica practica una política fundamentalmente internacional, universal, con el fin de extender su influencia política y moral por encima de todas las fronteras. Este contraste extremadamente significativo se ha resuelto momentáneamente mediante un compromiso.

Pasemos ahora brevemente a la política exterior del fascismo. Los fascistas pretenden que antes de su llegada al poder, Italia se encontraba en una situación internacional muy desfavorable que era ignorada por todos, pero desde el momento en que dispone de un gobierno fuerte se la trata de otra manera habiendo cambiado profundamente su situación internacional. Los hechos demuestran que el fascismo no ha podido cambiar nada. Después de haber jugado su carta principal en el célebre episodio de Corfú, Mussolini ha renunciado a las demostraciones de fuerza de este género, y se ha vuelto más razonable, ha sido acogido en las filas de los diplomáticos ortodoxos y se ha guardado muy bien de repetir este primer error en las demás cuestiones. Los grandes periódicos ingleses y franceses escriben que Mussolini es un hombre político muy hábil y que después de la expedición de Corfú, que había sido una chiquillada, se ha vuelto más sabio y más prudente. En realidad, la política internacional de Mussolini es una política de segunda fila, la única que se puede hacer actualmente en Italia, puesto que en la lucha de las grandes potencias mundiales, aquella juega un papel subalterno. En lo referente a las reparaciones y al conflicto franco-alemán, Mussolini ha tomado siempre una actitud intermedia que no ha ejercido ninguna influencia ni en un sentido ni en el otro sobre la relación de fuerzas existente. Su actitud oscilante ha sido acogida con satisfacción tanto por Alemania como por Francia, como por Gran Bretaña.

Es cierto que el fascismo ha podido modificar e incluso trastocar la relación de fuerzas en el interior de Italia. Pero no ha podido hacer lo mismo a escala internacional, porque no tiene ninguna influencia sobre las relaciones entre los Estados. En ausencia de sus presuposiciones históricas y sociales, no se puede hablar seriamente hoy de un imperialismo italiano.

Estos hechos ponen en evidencia la extremada modestia a la cual se ve obligado Mussolini en su política exterior. La cuestión de Fiume ha sido resuelta mediante un compromiso con Yugoslavia que ha venido a sustituir a las

amenazas de guerra contra ella. Una vez más, el nacionalismo imperialista ha debido ceder ante la realidad internacional. El hecho de que Mussolini haya debido reconocer también a la Rusia soviética, demuestra que la toma del poder por el fascismo le ha permitido practicar una política de extrema-derecha en Italia, pero no el extenderla a escala internacional.

¿Qué impresión ha causado este reconocimiento en el proletariado italiano? Este último tiene una educación revolucionaria bastante buena y no se ha dejado impresionar por la campaña de prensa fascista que, después de haber lanzado toda clase de calumnias contra los bolcheviques, y todas las fábulas que corren acerca de Rusia, se ha puesto de golpe a escribir todo lo contrario, es decir, que no se trata de una revolución comunista, que el bolchevismo ha sido liquidado y que Rusia es un país burgués como cualquier otro, que entre Rusia e Italia existen intereses comunes, que Rusia y la Italia fascista pueden colaborar perfectamente. El fascismo ha intentado incluso acreditar esta tesis grosera: estamos en presencia de dos revoluciones, de dos dictaduras, de dos ejemplos del mismo método político de eliminación de la democracia, lo que de forma natural debe conducir a acciones paralelas. Pero esta explicación no ha suscitado más que hilaridad. No sabiendo evitar una evolución desfavorable del comercio exterior, los capitalistas italianos tenían interés en entrar en contacto con Rusia para encontrar nuevos mercados.

El proletariado italiano ha visto en todo esto una muestra de la debilidad del fascismo, no de la Rusia soviética. Estoy por lo tanto obligado a poner de manifiesto que la justa interpretación política de este hecho internacional de primera importancia por parte del proletariado italiano se ha visto turbada por un incidente desagradable; algunos camaradas rusos han hecho declaraciones que iban muy lejos en la explicación de este acto político, declaraciones de amistad hacia Italia que podían ser interpretadas en favor de la Italia *oficial* y del gran «**duce**» Mussolini, lo que debía provocar necesariamente cierto malestar en el proletariado perseguido por los fascistas. Sin este paso en falso, lo demás habría sido perfectamente comprendido por el proletariado revolucionario de Italia.

Pasemos ahora a las relaciones entre el aparato del partido fascista y el aparato del Estado bajo el nuevo gobierno. Estas relaciones han originado problemas muy arduos, los cuales han provocado una grave crisis y fricciones continuas en las mismas filas fascistas. La vida interna de las organizaciones fascistas ha sido desde el principio muy agitada. Se trata de una organización muy vasta, que engloba a 700.000 adherentes y en la cual los conflictos son naturalmente inevitables. Pero la aspereza y la violencia de las contradicciones internas del movimiento fascista en Italia son excepcionales. Al principio, el problema de las relaciones entre partido y Estado fue resuelto de una forma muy defectuosa, aumentando las autoridades estáticas por medio de comisarios políticos sacados de las filas del partido y ejerciendo cierta influencia sobre los funcionarios, es decir, disponiendo de un poder real. Esto provocó fricciones que obligaron a hacer una revisión de este método de organización y a devolver sus antiguos derechos al aparato del Estado eliminando los comisarios fascistas. Pero la crisis no se ha superado más que con dificultad y no está definitivamente resuelta porque dos corrientes se han formado en el movimiento fascista. Una tiende a la revisión del fascismo extremista, quiere volver a la legalidad y declara: tenemos el poder y a nuestro gran jefe político Mussolini, podemos por lo tanto gobernar

empleando los medios normales y legales; todo el aparato del Estado está a nuestra disposición, nosotros formamos el gobierno, nuestro duce goza de la confianza de todos los partidos, por lo tanto el partido no tiene ya necesidad de inmiscuirse directamente en las cuestiones administrativas. Esta corriente querría renunciar a la lucha violenta, a los medios ilegales y volver a las relaciones normales. Busca atraerse hacia sí a Mussolini aislándose de los elementos fascistas extremistas. Estos últimos se reclutan entre los jefes locales y se les designa con el término abisinio de «ras». Los «ras» son para la dictadura local tropas de ocupación fascistas en toda Italia, e incluso para empezar una «segunda» oleada de terror contra los oponentes. Uno de sus representantes característicos es el diputado Farinacci, el cual ha propuesto recientemente la pena de muerte para los anti-fascistas. En medio de estos dos extremos, es decir entre la tendencia que dice que si Mussolini reconoce que la revolución no está todavía terminada, es necesario completarla, es necesario ordenar «cinco minutos de fuego» para aniquilar definitivamente a todos los enemigos del fascismo y a ciertos oponentes e incluso hasta a los reformistas como ciertos dirigentes de la CGT; Mussolini ha mantenido hasta entonces un equilibrio haciendo hábiles concesiones tanto a unos como a otros. Ha devuelto a los funcionarios sus antiguos derechos pero no pretende renunciar a las organizaciones independientes del Estado que son la fuerza del fascismo y que le permiten defenderse de los ataques revolucionarios.

El fascismo no ha disuelto el parlamento. La antigua Cámara ha otorgado en repetidas ocasiones su confianza a Mussolini, le ha concedido plenos poderes y todo lo que pidiese aparte de esto. Pero el fascismo ha querido modificar el derecho electoral. En Italia, las elecciones se hacían de manera proporcional. El fascismo quería asegurarse la mayoría. A mi entender esto habría sido posible incluso con el antiguo sistema. Aunque hubiese seguido el sistema proporcional, el fascismo habría obtenido lo mismo que hoy. Con la nueva ley electoral, la lista que reúna mayoría de voto y obtenga el 25% de los mismos tiene derecho a las dos terceras partes de los escaños en el nuevo parlamento. Esto significa que un cuarto de los votos efectivos es suficiente para ocupar las dos terceras parte de los escaños, con la condición, naturalmente, de que ninguna otra lista obtenga el 26 o el 27 por ciento de los votos. La lista mayoritaria comprende 375 nombres. En realidad, estos diputados han sido elegidos por Mussolini, puesto que se daba por hecho que reuniría más del 25% de los votos. Las candidaturas dieron lugar a una verdadera y apasionada batalla en el seno del partido fascista. Alrededor de 10.000 «ras» fascistas tenían la ambición de ser uno de los 375 elegidos, pero no se pudo reservar a los fascistas todas las candidaturas de la lista.

En las elecciones, el fascismo ha aplicado una doble táctica. En el Norte, donde las organizaciones fascistas son muy fuertes, todo compromiso ha sido rechazado y sólo se han presentado los candidatos fascistas. En el Sur, donde su organización es mucho más débil, el fascismo se ha visto obligado a firmar un compromiso con ciertas personalidades políticas del anterior régimen y se les ha dado un puesto importante en la lista nacional. Así, los candidatos fueron, en parte, hombres hasta entonces desconocidos salidos de las filas del partido fascista y, por otra parte, personalidades políticas tradicionales.

Durante las elecciones, el terror fascista no ha

llegado hasta el extremo de impedir a la oposición el ejercer su derecho de voto. El gobierno ha maniobrado con cierta habilidad porque sabía que impidiendo votar a la oposición, habría desprovisto a las elecciones de todo sentido político. Se ha limitado por tanto a influenciar los resultados a su favor. Mussolini dice ahora: «**Las elecciones han tenido lugar; la inmensa mayoría nos ha votado; este consenso de la inmensa mayoría legaliza nuestro poder; no se puede hablar de la dominación de una minoría**». Para juzgar los resultados de las elecciones, es preciso distinguir netamente entre el Norte y el Sur. En el Norte el fascismo está sólidamente organizado sobre todo en los campos, pero también en las ciudades industriales. Por lo tanto podía vigilar a sus electores y controlar si los miembros del partido obedecían fielmente las órdenes, es decir, suprimir completamente el voto secreto. Los fascistas han combatido sin piedad a sus adversarios, pero en definitiva, han tenido que dejarles votar, ya que aquellos confiaban en su fuerza. En el Norte los fascistas han obtenido nada más que una mayoría débil que casi no sobrepasa el 50%...; en algunas ciudades como Milán, es de sobra conocido que la lista fascista ha conseguido menos votos que la lista de la oposición.

En el Sur, por el contrario, la lista fascista ha conseguido una inmensa mayoría. El número total de los votos en toda Italia ha sido de 7,3 millones, de los cuales 4,7 han sido para los fascistas, es decir, la mitad más casi 1 millón. Esta enorme mayoría se ha conseguido gracias al Sur, allí donde el fascismo no podía contar con organizaciones sólidas. Este es el aspecto más curioso del asunto.

Con la excepción de algunos distritos que han conocido conflictos agrarios comparables a los del Valle del Po, el Sur no ha conocido nunca un verdadero movimiento fascista. Allí, el fascismo se ha implantado de la siguiente forma: después de su llegada al poder, las camarillas burguesas locales han creído conveniente adherirse al partido para conservar el aparato administrativo en sus manos y continuar explotándolo. Desde las elecciones, los representantes de las listas de la oposición han sido perseguidos, las escuadras fascistas han sido organizadas y se les ha entregado certificados electorales puestos a la disposición de las administraciones comunales, y cada miembro de estas escuadras ha votado 30, 40 y hasta 50 veces. Habiéndose dado estas circunstancias, Mussolini se ha visto obligado a hacer esa afirmación extraordinaria: el Sur de Italia ha salvado a la patria, el Sur dispone de las fuerzas más aguerridas en la lucha contra la democracia revolucionaria, el Sur no se ha dejado arrastrar por la vía fatal de 1919–20, etc... Ha revisado completamente su interpretación política precedente, la cual reconocía en el Norte la parte más avanzada y civilizada del país y el sostén más sólido del Estado. En estos últimos discursos, ha vuelto, por cierto, a esta vieja teoría olvidando poner sus palabras de acuerdo con los resultados estadísticos oficiales de las elecciones. En el Sur, el fascismo es extremadamente débil; se puede incluso decir que en el asunto Matteotti, el Sur se ha pronunciado unánimemente contra el gobierno. Ese hecho importante demuestra los medios artificiales con los cuales el fascismo se mantiene en el poder.

Estudiemos ahora a los demás partidos que han participado en las elecciones. Antes de pasar a los partidos pro-fascistas quiero mencionar al partido nacionalista, que hoy se confunde oficialmente con el partido fascista. El partido nacionalista existía mucho antes de que se empezase a hablar de fascismo; ha ejercido una gran influencia en el desarrollo de

este último y es él quien le ha suministrado el miserable bagaje teórico que posee. El ala derecha de los liberales, dirigida por Salandra, se ha unido totalmente al fascismo; sus miembros han sido candidatos en la lista fascista; otras personalidades y grupos «**liberales**», que no se han presentado en las listas fascistas, han presentado, de forma paralela a éstas, listas puramente fascistas, con el fin de arrancar en lo posible algún que otro escaño de los que están reservados a la minoría. Junto a las listas oficiales y a estas listas paralelas hay listas liberales apoyadas oficiosamente por el gobierno y otros, caso de Giolitti, que no eran abiertamente antifascistas, a los que el gobierno ha dejado conquistar algunos escaños absteniéndose de combatirlos.

En lo que respecta a la oposición, es preciso señalar la derrota de los partidos parlamentarios entre los cuales se había dividido tradicionalmente la «**democracia**», y que en el pasado tuvieron un buen número de diputados. Bonomi (social-reformista de extrema derecha) no ha sido reelegido. Di Cesare y Amendola no se han salvado nada más que con un pequeño grupo de adherentes después de la lucha encarnizada que el gobierno ha dirigido contra ellos, y sobre todo contra el segundo. Incluso el Partido Popular ha sufrido una grave derrota. En la antigua Cámara, había llegado a participar en el gobierno fascista; su actitud siempre ha sido equivocada, y ha roto abiertamente con Mussolini nada más que luchando contra la nueva ley electoral; Mussolini se ha desembarazado por esto de los Ministros «**populares**». La crisis que ha seguido a esto ha obligado al jefe del partido, Don Sturzo, a dimitir oficialmente de su cargo, pero continúa dirigiendo la política del partido. Esto ha provocado una escisión. Un grupo de populares nacionales se ha destacado del partido y se ha pronunciado a favor de la lista de los fascistas. La gran masa del partido permanece fiel a Don Sturzo. La extrema izquierda dirigida por Migliori se ha separado también, desarrollando en el campo una agitación que de vez en cuando se aproximaba a la de las organizaciones revolucionarias. En el seno del partido, la influencia de los grandes propietarios agrarios ha conseguido la preponderancia bajo la forma del centro conciliador de Don Sturzo. Pero el Movimiento popular ha recibido golpes duros.

Otro pequeño partido digno de tenerse en cuenta ha participado en las elecciones: es el Partido Campesino que ha presentado sus propias listas en dos o tres circunscripciones. Este partido está compuesto de pequeños campesinos insatisfechos que no queriendo confiar la representación de sus intereses a ninguno de los partidos existentes, han preferido formar un partido autónomo. Puede que este movimiento tenga futuro. Puede ser llamado a alcanzar una importancia nacional. El pequeño partido republicano al cual es necesario considerar en parte como un partido proletario con una actitud más bien confusa, pero que lleva a cabo una oposición bastante enérgica contra el movimiento fascista, ha conquistado dos nuevos escaños en el parlamento puesto que posee siete diputados en la nueva Cámara contra cinco que tenía en la antigua.

Es preciso considerar ahora a estos tres partidos que han salido del viejo Partido Socialista tradicional: el Partido Socialista Unitario, el Partido Socialista Maximalista y el Partido Comunista. Se sabe que antes de su escisión, estos partidos sumaban conjuntamente 150 escaños. Hoy los unitarios (reformistas) poseen 24, los maximalistas 22 y los comunistas 19. Los comunistas han presentado una lista común con la Fracción «**Terzinternacionalista**» del Partido Maximalista, bajo el lema de la unidad proletaria. Se puede decir que el

Partido Comunista es el único de todos los partidos de oposición que no solamente ha vuelto al parlamento con sus fuerzas intactas, sino que ha conquistado nuevos escaños. En 1921 tenía 15, hoy 19. Es cierto que uno ha sido anulado y que es posible que nos quedemos en 18, pero aun así sigue siendo significativo.

Fuera de las pequeñas listas de los irredentistas alemanes y eslavos anexionados a Italia, hay un partido nacido hace algunos años en Cerdeña que reivindica, si no la separación completa de Italia, al menos una gran autonomía regional. Se trata de un movimiento enfocado a la descentralización del Estado, en un relanzamiento de los lazos entre Cerdeña e Italia, y puede generar movimientos análogos en otras regiones en las que la situación es aún peor. Parece que este es ya el caso de Basilicata. El movimiento tiene ciertas relaciones con el movimiento puramente intelectual de Turín que publica la revista *Revolución Liberal*, que defiende las tesis del liberalismo y en parte del federalismo. Estos grupos se oponen enérgicamente al fascismo, que ha conseguido cierto número de simpatizantes entre los intelectuales. Como se puede ver, la oposición está dividida en gran cantidad de pequeños grupos.

Es necesario igualmente citar a ciertas corrientes políticas que no han participado en las elecciones. Este es el caso del movimiento dirigido por D'Annunzio y que espera una señal de su jefe para entrar en acción. Pero la actitud de D'Annunzio ha sido demasiado contradictoria de un tiempo a esta parte, y de momento guarda silencio. Su movimiento tiene su origen en el movimiento de las clases medias y los combatientes que no querían someterse a la movilización oficial de la gran burguesía y que, habiendo visto que el fascismo renegaba de su programa para orientarse en un sentido plenamente conservador, se han mantenido distanciados. También hay que citar el movimiento de la «**Italia Libre**», es decir, de oposición anti-fascista en el seno de las organizaciones de ex-combatientes en las cuales su influencia tiende a crecer de manera palpable. Otro movimiento anti-fascista que se dedica a una gran actividad es la masonería. Las logias masónicas han atravesado una grave crisis de cara al fascismo. Se ha producido incluso una escisión, pero sin ninguna importancia: se trataba de aislar del movimiento masónico a un pequeño grupo de oposición que se había declarado pro-fascista.

Los fascistas han llevado a cabo una campaña contra la masonería. En tanto que fascista, Mussolini ha hecho aprobar la misma decisión respecto a la masonería y la de 1914 cuando él era socialista: la ha declarado incompatible con su movimiento. La masonería no ha dejado de responder enérgicamente a estos ataques. Ha llevado a cabo en el extranjero, en los medios burgueses, una tarea notable de clarificación contra el fascismo mediante su propaganda contra el terror que este ejerce. En Italia ha hecho también lo mismo, entre la pequeña burguesía y entre los intelectuales, donde los masones son muy influyentes y este trabajo tiene cierta importancia.

El movimiento anarquista no juega hoy un papel importante dentro de la política italiana. Como se ve, las diversas corrientes de oposición a la potente mayoría fascista forman un cuadro muy complicado.

Esta oposición tiene cierta fuerza en la prensa pero ¿qué representa esto sobre el campo de la organización política y militar, es decir, en lo que concierne a la posibilidad práctica de un ataque contra el fascismo en un futuro previsible? Sobre este campo, no representa casi nada. Algunos grupos, como los republicanos y los masones, quieren hacer creer que poseen una

organización antifascista ilegal, pero no es preciso tomar esas apreciaciones en serio. Lo único serio es la fuerte corriente de oposición en la opinión y en la prensa. La oposición burguesa dispone de una prensa muy importante y algunos periódicos de gran tirada toman una actitud de hostilidad, cuando no de oposición abierta al fascismo. El «**Corriere della Sera**» de Milán y la «**Stampa**» de Turín influyen la opinión —sobre todo entre la burguesía media— en el sentido de una oposición tenaz aunque discreta. Todo esto prueba que el descontento contra el fascismo se ha acrecentado después de su toma del poder.

Aunque sea difícil definir y clasificar a los diversos grupos de oposición, se puede trazar una línea divisoria muy clara entre el estado de ánimo del proletariado y el de la clase media.

El proletariado es anti-fascista por conciencia de clase. Ve en la lucha contra el fascismo una gran batalla destinada a invertir radicalmente la situación y a reemplazar la dictadura del fascismo por la dictadura revolucionaria. El proletariado quiere su revancha, no en el sentido banal y sentimental de la palabra, sino en el sentido histórico. El proletariado revolucionario comprende instintivamente que contra el reforzamiento y predominio de la reacción, es necesario responder con una contraofensiva de las fuerzas de oposición; siente que el actual estado de cosas no podrá cambiarse radicalmente nada más que con un nuevo período de duras luchas y, en caso de victoria, con la ayuda de la dictadura proletaria. Espera ese momento para devolver al enemigo de clase, con una energía duplicada con la experiencia pasada, los golpes que le propina hoy.

El antifascismo de las clases medias tiene un carácter menos activo. Se trata, es verdad, de una fuerte y sincera oposición, pero esto no impide que esta oposición esté basada sobre una orientación pacifista: se quiere de todo corazón restablecer en Italia una vida política normal, con plena libertad de opinión y de discusión... pero sin porrazos y sin empleo de la violencia. Todo debe volver a la normalidad, los fascistas tanto como los comunistas deben tener el derecho de profesar sus convicciones.

Tal es la ilusión de las capas medias que aspiran a un cierto equilibrio de fuerzas y a la libertad democrática.

Entre estos dos estados de ánimo que nacen del descontento suscitado por el fascismo, es necesario hacer una distinción clara, pues el segundo presenta para nuestra acción dificultades que no conviene subestimar.

Incluso la burguesía mantiene hoy sus dudas acerca del movimiento fascista, preocupaciones de las cuales los dos últimos periódicos antes citados son hasta cierto punto portavoces.

Estos se preguntan: ¿Se trata del método justo? ¿No es exagerado? En nuestro interés de clase hemos creado cierto aparato que debe responder a ciertas exigencias. ¿Pero no va a rebasar las funciones que le atribuimos y los fines que le fijamos? ¿No se verá obligado a hacer algo que no sea bueno? Las capas más inteligentes de la burguesía italiana se muestran partidarias de una revisión del fascismo y de la opresión reaccionaria que hace caer sobre la sociedad, por temor a que ésta estalle en una explosión revolucionaria. Naturalmente, es en el estricto interés de la burguesía por lo que estas capas de la clase dominante llevan a cabo en la prensa una campaña contra el fascismo para llevarlo sobre el terreno de la legalidad, para hacer de él un arma más flexible y más dócil para explotar a la clase obrera.

Expresando su entusiasmo por los resultados obtenidos por el fascismo, para el restablecimiento del orden burgués y la salvaguarda de sus fundamentos, la propiedad privada, estas capas son favorables a una hábil política de concesiones aparentes al proletariado. Este estado de ánimo es de suma importancia.

Por ejemplo, el senador Agnelli, director de la principal firma automovilística italiana y capitalista más activo del país, es un liberal. Pero cuando, como les ha ocurrido a varios de nuestros camaradas, se subestima este hecho, se tropieza con la resistencia de los obreros de FIAT que afirman que en su empresa reina exactamente la misma reacción que en las fábricas dirigidas por capitalistas que pertenecen personalmente al partido fascista. Agnelli es un magnate inteligente, y sabe que es peligroso provocar a las masas obreras; recuerda los malos ratos por los que pasó cuando los obreros ocuparon sus fábricas e izaron la bandera roja en ellas; es por esto que da al fascismo consejos benévolos para que conduzca la lucha contra el proletariado de la forma más hábil. Evidentemente el fascismo no es sordo a tales consejos.

Antes del asunto Matteotti, el fascismo se orientaba hacia la izquierda. En la víspera del asesinato de Matteotti, Mussolini había pronunciado un discurso en el cual, dirigiéndose a la oposición, decía: **«formáis la nueva Cámara. No teníamos ganas de elecciones; hubiésemos podido ejercer dictatorialmente el poder, pero nos hemos querido dirigir al pueblo, y debéis reconocer que hoy, el pueblo ha respondido dándonos su adhesión plena y entera, y una mayoría aplastante»**. Fue precisamente Matteotti quien le contestó declarando que desde el punto de vista democrático y constitucional, el fascismo había sufrido una derrota, que el gobierno estaba en minoría y que su mayoría era artificial y tramposa. El fascismo naturalmente no reconoció este hecho. Mussolini replicó: **«Sobre la base de las cifras oficiales, tenemos la mayoría. Me dirijo a la oposición. Se puede estar en la oposición de dos maneras. En primer lugar, como los comunistas; sobre estos señores no tengo nada que decir. Son completamente lógicos. Su fin es el de abatirnos un día mediante la violencia revolucionaria e instaurar la dictadura del proletariado. Nosotros les respondemos: no cederemos nada más que a una fuerza superior. ¿Queréis arriesgaros a luchar contra nosotros? ¡Muy bien! A los otros grupos de oposición les decimos: vuestro programa no admite el empleo de la violencia revolucionaria; si no preparáis ninguna insurrección contra nosotros, ¿qué buscáis entonces? ¿Cómo pensáis alcanzar el poder? La duración legal de la legislación presente es de cinco años. Otras nuevas elecciones nos ofrecerían el mismo resultado. Lo mejor es, por lo tanto, llegar a un acuerdo con nosotros. Puede ser que en un cierto límite nos hayamos excedido y exagerado. Hemos usado métodos ilegales los cuales me he esforzado en reprimir. Os invito a la colaboración. Hechas estas proposiciones os toca a vosotros exponer vuestra opinión. Encontraremos un término medio»**. Esto es una llamada a la colaboración con todos los grupos de la oposición no revolucionarios. Sólo los comunistas habían sido excluidos en las ofertas de Mussolini. Por otra parte, este ha declarado que un entendimiento con la CGL sería posible porque no se coloca sobre el terreno de la

demagógica teoría de la revolución, porque el bolchevismo había sido liquidado, etc...

Las cosas estaban así. Esta actitud muestra la fuerza que la oposición antifascista había adquirido. El gobierno se veía obligado a dar un giro hacia la izquierda. Es entonces cuando explotó la bomba. El asunto Matteotti ha cambiado completamente la situación en Italia. Un buen día el diputado reformista Matteotti desaparecía. Su familia esperó en vano su regreso durante dos días, transcurridos los cuales se dirigieron a la policía. Esta pretendía no saber nada. Después de la publicación de la noticia por los periódicos, algunos testigos oculares declararon que vieron a cinco individuos atacar a Matteotti en plena calle, introducirlo a la fuerza en un automóvil y arrancar enseguida a toda velocidad. Una gran agitación se apoderó de la opinión pública. ¿Puede ser que Matteotti hubiese sido retenido como prisionero? ¿Es posible que se tratase de una vuelta al terror individual y a la política de la porra? ¿Puede ser que se tratase solamente de obligarlo a firmar una declaración? ¿Se trataba de esto o de algo peor? ¿De un asesinato quizás?

Requerido para responder, Mussolini responde inmediatamente en nombre del gobierno que buscará a los culpables. Se produjeron algunos arrestos, pero no se tardó mucho en averiguar que Matteotti había sido asesinado por una banda de fascistas que estaban relacionados con la organización terrorista del partido. Los fascistas tomaron entonces la siguiente posición: se trata de un acto, que nos aflige, de la corriente ilegal que combatimos y contra la cual Mussolini se ha dirigido siempre. Es un acto individual, un delito de derecho común. Castigaremos a los culpables. Pero la opinión no se contentó con estos apaciguamientos. Toda la prensa se apresuró a demostrar que la iniciativa del crimen no había podido ser puramente personal, que los asesinos formaban en realidad parte de una liga secreta, de una especie de banda negra que ya había cometido en otras ocasiones delitos análogos, que habían quedado impunes porque no habían tenido el mismo eco que el asesinato de Matteotti. Un crecido número de personas fueron acusadas y personalidades del régimen fueron atacadas. Se puede probar que el automóvil en cuestión había sido suministrado por un órgano fascista extremista, el «**Correo Italiano**». Se acusó a un miembro del directorio de los cuatro, Cesare Rossi, y al subsecretario de Estado para el Interior, Aldo Finzi. Numerosas personalidades fascistas fueron arrestadas.

Los antifascistas llevaron a cabo una violenta campaña de prensa. Preguntaban por el responsable del asesinato. Porque si bien el cadáver no había sido aún descubierto, no había duda alguna de que se trataba de un asesinato.

¿Era un delito debido al fanatismo político o una venganza por el discurso pronunciado por Matteotti contra el fascismo en el Parlamento? ¿Se trataba solamente de un error de interpretación de las órdenes dadas? A mi modo de ver, esta hipótesis no está del todo excluida. Puede que se hubiese decidido mantener prisionero a Matteotti durante algunos días, pero debido a su resistencia, los bandidos que le habían secuestrado le han asesinado. ¿Se trata por el contrario de algo todavía más sospechoso? Se dice que Matteotti poseía ciertos documentos relacionados con la corrupción personal de toda una serie de miembros del gobierno fascista y que quería publicarlo. ¿Pueden haber querido eliminarlo por esta razón? Sin embargo, esta hipótesis no parece muy probable. Matteotti no habría cometido la imprudencia de llevar consigo tales documentos, y en el supuesto de que lo hubiese hecho habría

sacado copias de ellos. No obstante, durante la campaña de prensa había afirmado que el ministerio del interior se había convertido en local de negocios en el cual los capitalistas italianos y extranjeros podían comprar algunas concesiones del gobierno. Se ha hablado de enormes sumas ingresadas en las cajas de altos funcionarios, por ejemplo, en el asunto Sinclair, o sea, referente al acuerdo concediendo a una firma extranjera el monopolio del petróleo en Italia. Se ha dicho también que el Casino de Montecarlo había soltado una enorme suma para obtener la promulgación de la ley limitando el número de autorizaciones de apertura de casas de juego en Italia. Después de tales rumores, Finzi ha sido obligado por los fascistas a dimitir inmediatamente. La pregunta sigue en pie: ¿se trata de un delito político en el sentido estricto, o de un delito provocado por la necesidad de mantener en silencio a los testigos de la corrupción moral del gobierno fascista? Sea lo que sea, la actitud de la oposición burguesa y la de la oposición comunista de cara a estas dos posibilidades son del todo diferentes.

¿Qué dice la oposición burguesa? Para ella no se trata nada más que de una cuestión judicial. Reclama al gobierno el castigo a los culpables. Su punto de vista es que el gobierno no puede limitarse a establecer quiénes son los asesinos, que la justicia debe resplandecer en cualquier asunto, que incluso las más altas personalidades, incluidos los miembros del gobierno implicados en el suceso, deben ser llamados a responder de sus actos. Por ejemplo, después del descubrimiento de ciertas responsabilidades, el jefe superior de policía, el general De Bono, ha sido acusado y forzado a dimitir. Esto muestra hasta qué grado llegan las responsabilidades de la jerarquía fascista. De Bono, a pesar de todo, sigue siendo uno de los principales dirigentes de la milicia nacional. La oposición burguesa considera todo este asunto como un asunto judicial, una cuestión de moral política, de restablecimiento de la calma y de la paz social en el país. Considera que es necesario acabar con el terror y la violencia.

Para nosotros, comunistas, se trata por el contrario de una cuestión política e histórica, de una cuestión de lucha de clase, de una consecuencia extrema, pero necesaria, de la ofensiva capitalista para la defensa de la burguesía italiana. Las responsabilidades de tales horrores caen de lleno sobre el partido fascista, sobre todo el gobierno y sobre toda la clase burguesa de Italia y su régimen. Es necesario declarar abiertamente que sólo la acción revolucionaria del proletariado puede liquidar una situación semejante. Una situación que presenta tales síntomas no puede ser saneada mediante simples medidas judiciales, por el restablecimiento de la ley y el orden deseado por los filisteos. Para llevar a cabo un saneamiento así, es preciso destruir urgentemente el orden establecido, es preciso proceder urgentemente a una transformación completa que sólo el proletariado puede llevar a cabo. Al principio, los comunistas se han sumado a las protestas de la oposición parlamentaria de la Cámara. Pero rápidamente ha sido necesario trazar una línea divisoria entre esta oposición y nosotros, y los comunistas no han participado más en las declaraciones posteriores de los demás partidos.

Incluso los maximalistas están representados en el comité de oposición parlamentaria. A este particular debemos señalar un hecho muy significativo. Para protestar contra el asesinato de Matteotti el Partido Comunista había propuesto inmediatamente una huelga general en toda Italia. En numerosas ciudades estallaron huelgas espontáneas, por lo que esta propuesta comunista era de lo más serio y concreto. Con la

aprobación de los maximalistas, los demás partidos han propuesto al contrario como única acción de protesta en honor a Matteotti una huelga de diez minutos. Desgraciadamente para los reformistas, los maximalistas, la CGL y los demás grupos de oposición, la Confederación de Industriales y los sindicatos fascistas han aceptado inmediatamente esta proposición y han participado oficialmente en la protesta, la cual por este hecho, ha perdido naturalmente todo el sentido como acción de clase.

Está hoy muy claro que sólo los comunistas han hecho una proposición que hubiese permitido al proletariado intervenir de forma decisiva en los acontecimientos.

¿Qué perspectiva le ofrece la actual situación al gobierno Mussolini? Antes de los últimos sucesos estábamos obligados a confesar que, a pesar de todos los signos que testificaban el descontento creciente suscitado por el fascismo, la organización militar y estatal de este último era lo suficientemente potente como para que ninguna fuerza pudiese trabajar prácticamente para abatirlo en un futuro próximo. El descontento ha ido creciendo, pero sí está todavía lejos de la crisis. Los hechos recientes muestran claramente cómo pequeñas causas pueden tener grandes efectos. El asesinato de Matteotti ha acelerado de manera extraordinaria el desarrollo de la situación, aunque de forma evidente, las premisas de este desarrollo existían ya en potencia en las condiciones sociales. El ritmo de la crisis fascista se ha acelerado de manera muy fuerte, el gobierno fascista ha sufrido, desde el punto de vista moral, psicológico y, en cierta forma, también político, una derrota dañina. Esta derrota no ha repercutido todavía en el campo de la organización política, militar y administrativa, pero está claro que constituye el primer paso hacia el desenlace ulterior de la crisis y hacia la lucha por el poder. El gobierno ha debido hacer concesiones notables, tales como el abandono de la cartera de Interior por parte del viejo jefe nacionalista, convertido en fascista, Federzoni. Ha tenido que hacer también otras concesiones, pero no por esto deja de detentar el poder. En sus discursos en el Senado, Mussolini ha dicho abiertamente que se mantendrá en su puesto y se servirá de todos los medios gubernamentales de que disponga contra todos aquellos que lo atacan.

Según las últimas noticias, la ola de indignación en la opinión pública no ha remitido todavía. Pero la situación objetiva se ha vuelto más estable. La milicia nacional, que había sido movilizada dos días después del asesinato de Matteotti, acaba de ser desmovilizada y sus miembros han vuelto a sus ocupaciones habituales. Esto significa que el gobierno considera que todo peligro inmediato ha pasado. Pero está claro que los acontecimientos importantes se producirán mucho más rápido de lo que nosotros preveíamos antes del asunto Matteotti. Y está claro que la posición del fascismo será mucho más difícil en el futuro y que la posibilidad práctica de acciones contra el fascismo es hoy diferente de lo que era antes de los hechos ocurridos.

¿Cómo debemos comportarnos ante esta nueva situación que se ha abierto inesperadamente? Expondré esquemáticamente mi posición.

El PC debe remarcar el papel *independiente* que la situación en Italia le asigna y lanzar la consigna siguiente: liquidación de los grupos de oposición antifascista existentes y sustituirlos por la acción directa y abierta del movimiento comunista. Vivimos hoy hechos que colocan al PC en la primera fila del interés público. Después de la toma del poder por los fascistas, nuestros camaradas han sido arrestados en masa

durante cierto tiempo. El fascismo se jacta de haber aniquilado las fuerzas comunistas y bolcheviques, de haber liquidado por completo el movimiento revolucionario, pero después de algún tiempo, y sobre todo después de las elecciones, el partido da señales de vida tan evidentes que no se puede creer semejantes afirmaciones. En todos sus discursos Mussolini se ve obligado a citar a los comunistas. En su polémica acerca del caso Matteotti, la prensa fascista debe defenderse diariamente y tomar posiciones contra los comunistas.

Esto atrae todas las miradas sobre nuestro partido y sobre la función particular e independiente que le incumbe de cara a todos los demás grupos de oposición a los que une un estrecho parentesco. La posición particular que nuestro partido ha tomado, traza una línea divisoria clara entre él y los demás grupos. Por otra parte, gracias a las experiencias de la lucha de clases en Italia durante y después de la guerra y a las crueles decepciones que ha producido, la necesidad de una liquidación completa de todas las corrientes socialdemócratas, desde la izquierda burguesa hasta la derecha proletaria, está sólidamente arraigada en la conciencia del proletariado italiano. Todas esas corrientes han tenido la posibilidad práctica de actuar y de afirmarse. La experiencia ha demostrado que todas son insuficientes e incapaces. La vanguardia del proletariado revolucionario, el Partido Comunista, es la única que no ha cedido nunca.

Pero para poder hacer una política independiente en Italia, es absolutamente necesario que no exista ningún derrotismo en el seno del mismo partido. No es necesario volver a contar a los proletarios italianos que tienen confianza en el partido y en sus esfuerzos que las tentativas de acción hechas hasta ahora por los comunistas no han sido nada más que fracasos que han terminado ruinosamente. Si mostramos en los hechos que el Partido Comunista sabe organizar la lucha y aplicar una táctica autónoma; si mostramos en los hechos que el partido es el único partido de oposición aún vivo; si sabemos dar la consigna apta para indicar una vía practicable de cara al ataque, lograremos exitosamente nuestro objetivo, que es liquidar los grupos de oposición, y en primer lugar a los socialistas y a los maximalistas. A mi modo de ver, es en este sentido en el que debemos aprovechar la situación.

Nuestro trabajo en este sentido no debe limitarse a la polémica. Debemos hacer un trabajo práctico para conquistar a las masas. El fin de este trabajo es reagrupar unitariamente a las masas para la acción revolucionaria, realizar el frente único del proletariado de las ciudades y de los campos bajo la dirección del Partido Comunista. Es solamente realizando este reagrupamiento unitario como habremos realizado la condición que nos permitirá afrontar la lucha directa contra el fascismo. Es un gran trabajo que puede y debe ser realizado manteniendo la independencia del partido.

Es posible que después del caso Matteotti el fascismo desencadene una segunda ola de terror contra la oposición. Pero esto no será nada más que un episodio dentro del desarrollo de la situación. Es posible que asistamos a una retirada de la oposición, a una disminución de la expresión pública del descontento, a causa de esta nueva ola de terror. Pero a la larga la oposición y el descontento volverán a crecer. El fascismo no puede mantener el poder ejerciendo durante mucho tiempo una presión continua. Existe también otra posibilidad: el reagrupamiento de todas las masas obreras bajo iniciativa del Partido Comunista que daría la consigna de reconstruir los sindicatos rojos. En un mañana podrá ser posible comenzar ese

trabajo.

Los oportunistas no osan llevar a cabo tal acción. Hay en Italia ciudades donde se podrá invitar con éxito seguro a los obreros a entrar en los sindicatos rojos. Pero esto sería la señal de comenzar la lucha, porque sería preciso al mismo tiempo estar listos para combatir contra los fascistas, he aquí por qué los partidos oportunistas no se ven instados a reconstruir las organizaciones de masa del proletariado. Si el Partido Comunista es el primero en aprovechar el momento favorable para lanzar esta consigna, es posible que la reorganización del movimiento obrero italiano se haga alrededor del Partido Comunista.

Antes de la situación creada por el asunto Matteotti, una actitud independiente por nuestra parte ha sido la mejor maniobra que hemos podido hacer. En las elecciones, por ejemplo, inclusive los que no eran comunistas nos han votado porque veían, según ellos, en el comunismo el antifascismo más claro y radical, el rechazo más tajante de lo que ellos odiaban. La independencia de nuestra posición es pues un medio de ejercer una influencia política incluso sobre las capas que no están ligadas directamente a nosotros. Es precisamente debido al hecho de que hemos presentado un programa sin equívocos a lo que debemos el gran éxito de nuestro partido en las elecciones, a pesar de la ofensiva gubernamental lanzada sobre todo contra nuestras listas y nuestra campaña. Nos hemos presentado oficialmente bajo el siguiente lema: «**unidad del proletariado**», pero las masas han votado por nosotros porque éramos comunistas, porque declarábamos abiertamente la guerra al fascismo, porque nuestros mismos adversarios decían que éramos irreconciliables. Esta actitud nos ha traído éxitos notables.

Esto vale igual con respecto al asunto Matteotti. Todos los ojos se han vuelto hacia el Partido Comunista, el cual emplea un lenguaje realmente diferente del de todos los otros partidos de la oposición. Resultado de ello es que sólo una actitud absolutamente independiente y radical, tanto frente al fascismo como frente a la oposición, nos permitirá aprovechar los hechos en curso para abatir el inmenso poder del fascismo.

No se trata de ninguna forma de presentar un programa terrorista. Se han forjado leyendas acerca de nosotros. Se ha dicho que nosotros queríamos ser un partido minoritario, una pequeña élite y otras cosas por el estilo. Pero nosotros no hemos defendido nunca una tesis semejante. Si existe un movimiento que, por su crítica y su táctica, se ha esforzado incansablemente en destruir las ilusiones sobre las minorías terroristas, otras veces proclamadas por los ultra-anarquistas y los sindicalistas, ese movimiento es el nuestro. Estamos siempre en contra de esta tendencia y es preferible preferir inexactitudes que presentarnos como a terroristas o partidarios de la acción de las heroicas minorías armadas.

No obstante estamos de acuerdo en que es necesario tomar una posición de principio clara acerca de la cuestión del desarme de las bandas fascistas y del armamento del proletariado, sobre lo cual se ocupa hoy nuestro partido.

Porque está claro que la lucha no es posible sin la participación de las masas. Con su inmensa masa el proletariado sabe muy bien que la cuestión no puede resolverse por la ofensiva de una vanguardia heroica. Esta es una concepción ingenua que un partido marxista no puede más que rechazar. Pero si lanzamos entre las masas la consigna del desarme de las bandas fascistas y el armamento del proletariado, debemos presentar a las masas como los protagonistas de la acción.

Debemos rechazar la ilusión según la cual un «**gobierno de transición**» podría mediante medios legales, maniobras parlamentarias, expedientes más o menos hábiles, desplazar a la burguesía, es decir, apoderarse legalmente de todo el aparato técnico y militar para distribuir con toda tranquilidad las armas a los proletarios. ¡Esta es una concepción verdaderamente infantil! No es tan fácil hacer la revolución.

Estamos completamente convencidos de la imposibilidad de llevar a cabo la lucha con solamente algunos centenares o algunos millares de comunistas armados. El PC de Italia es el último en abrigar tales ilusiones. Estamos firmemente convencidos de que no se puede ocultar la necesidad de atraer a las grandes masas a la lucha. Pero el armamento es un problema que no puede ser resuelto más que por medios revolucionarios. Podemos aprovechar un estacionamiento en el desarrollo del fascismo para crear las formaciones proletarias revolucionarias; pero debemos desechar la ilusión según la cual un día sería posible apoderarse del aparato militar y de las armas de la burguesía mediante cualquier maniobra, es decir, unirnos a nuestros adversarios en vez de pasar al ataque contra ellos.

Combatir tal ilusión que, desde el punto de vista revolucionario, invita al proletariado a la inactividad, no es caer en el terrorismo. Es al contrario una actitud verdaderamente marxista y revolucionaria. No decimos de ninguna forma que nosotros seamos comunistas «**de élite**» y que queremos destruir el equilibrio social por la acción de una pequeña minoría. Al contrario, queremos conquistar la dirección de las masas proletarias, queremos unidad de acción del proletariado; pero queremos, por otra parte, utilizar las experiencias hechas por el proletariado italiano, las cuales enseñan que bajo la dirección de un partido sin solidez (incluso si se trata de un partido de masas) o de una coalición de partidos improvisada, las luchas no pueden tener otra salida que la derrota. Queremos la lucha común de las masas trabajadoras de las ciudades y del campo, pero queremos que estas luchas estén dirigidas por su estado mayor —el partido comunista— teniendo una línea política clara.

Tal es el problema que se nos plantea.

La situación puede evolucionar de una forma más o menos complicada, pero desde ahora existen las condiciones de las consignas y de una agitación por las cuales tomaremos la iniciativa de la revolución, declarando abiertamente que nos será preciso pasar primero sobre los restos de los grupos de oposición antifascistas que existen. El proletariado debe estar advertido de que cuando la toma del poder por parte de la clase obrera se presente de nuevo ante la burguesía de Italia como un peligro inminente, todas las fuerzas burguesas y socialdemócratas se unirán con el fascismo. Estas son las perspectivas de lucha para las cuales debemos prepararnos.

Para terminar, queremos añadir algunas palabras acerca del fascismo en tanto que fenómeno internacional, basándonos en las experiencias hechas por nosotros en Italia.

Somos de la opinión de que el fascismo tiende de cierta forma a extenderse igualmente fuera de Italia. En países como Bulgaria, Hungría y digamos también Alemania, movimientos parecidos han sido probablemente apoyados por el fascismo italiano. Es cierto que el proletariado del mundo entero debe comprender y utilizar las lecciones que el fascismo nos ha dado en Italia, para cuando llegue el caso de que movimientos análogos se formen en otros países como forma de luchar contra los trabajadores; pero no se debe olvidar que el fascismo ha ofrecido en Italia condiciones particulares que han permitido al movimiento fascista adquirir la enorme fuerza de la

que goza. Entre estas condiciones, es necesario señalar en primer lugar la unidad nacional y religiosa. Creo que estas son indispensables para la movilización de las capas medias por el fascismo. La unidad nacional y religiosa es una base indispensable para llevar a cabo una movilización sentimental. En Alemania, la existencia de dos confesiones y de diversas nacionalidades con tendencias en parte separatistas, es un obstáculo para la formación de un gran partido fascista. En Italia, el fascismo ha encontrado condiciones excepcionalmente favorables: Italia se cuenta entre los Estados vencedores, y el chovinismo y el patriotismo habían alcanzado un grado de sobreexcitación mayor que las ventajas materiales de la victoria, las cuales se habían manifestado más débilmente. La derrota del proletariado está estrechamente ligada a este hecho. Las capas medias esperaron un poco a fin de saber si el proletariado tenía o no fuerza para vencer. Cuando la impotencia de los partidos revolucionarios del proletariado se hizo patente, creyeron poder obrar de manera independiente y apoderarse del gobierno. Entre tanto, la gran burguesía se las arreglaba para atraerse estas fuerzas hacia sus propios intereses.

A tenor de estos hechos, creo que no debemos esperar un fascismo tan manifiesto como el fascismo italiano en otros países, es decir, un movimiento unitario de las capas superiores de la clase explotadora y una movilización de las grandes masas de la clase media y de la pequeña burguesía en interés de estos últimos. En los demás países, el fascismo se distingue del italiano. Se limita a un movimiento pequeño-burgués que posee una ideología reaccionaria propiamente pequeño-burguesa y algunas formaciones armadas, pero este movimiento no basta para identificarse completamente con la gran industria y sobre todo con el aparato del Estado. Este aparato puede coaligarse muy bien con los partidos de la gran industria, de los grandes bancos, y de la gran propiedad agraria, pero queda más o menos independiente de la clase media y de la pequeña burguesía. Está claro que el fascismo de estos países representa un enemigo para el proletariado, pero es un enemigo mucho menos peligroso que el fascismo italiano.

A mi entender, la cuestión de las relaciones con tal movimiento está perfectamente resuelta: es una locura pensar en cualquier lazo con él, pues ofrece precisamente las bases de una movilización política contrarrevolucionaria de la masa semiproletaria, y amenaza peligrosamente con arrastrar al proletariado sobre estas bases.

En general, podemos esperar que aparezca fuera de Italia una copia de fascismo que se cruzará con las

manifestaciones de la «**ola democrática y pacifista**». Pero el fascismo tomará otras formas distintas a las de Italia. La reacción y la ofensiva capitalista de las diversas capas en lucha contra el proletariado no se someterán a una dirección tan unitaria.

Se ha hablado mucho de las organizaciones antifascistas italianas en el extranjero. Estas organizaciones han sido creadas por burgueses italianos emigrados. A la orden del día, está también la cuestión del juicio que lleva a cabo la opinión pública internacional acerca del fascismo italiano de la campaña dirigida contra él en los países civilizados. Hay quien en la indignación moral de la burguesía de los demás países ve un medio de liquidar el movimiento fascista. Los comunistas y los revolucionarios pueden abandonarse a tales ilusiones acerca de la sensibilidad democrática y moral de la burguesía de los demás países. Incluso allí donde existen todavía hoy tendencias pacifistas y de izquierda se servirán mañana sin escrúpulos del fascismo como un método de la lucha de clases. Sabemos que el capital internacional no puede más que alegrarse de las empresas del fascismo en Italia, y del terror que ejerce sobre los obreros y los campesinos. Para la lucha contra el fascismo, no podemos contar más que con la Internacional Proletaria Revolucionaria. Se trata de una cuestión de lucha de clase. Nosotros no vamos a dirigirnos hacia los partidos democráticos de los demás países, o hacia las asociaciones de imbéciles e hipócritas como la Liga de los Derechos del Hombre, pues no queremos hacer nacer la ilusión de que estos partidos y corrientes representan algo substancialmente diferente del fascismo, o de que la burguesía de los demás países no está en disposición de infligir a su clase obrera las mismas persecuciones, las mismas atrocidades que el fascismo en Italia.

Para un levantamiento contra el fascismo italiano y para una campaña internacional contra el terror que reina en nuestro país, contamos únicamente con las fuerzas revolucionarias de Italia y del extranjero. Son los trabajadores de todos los países los que deben boicotear a los fascistas italianos. Los camaradas nuestros a los que su lucha les ha acarreado persecuciones y que han huido al extranjero, participarán útilmente en esta lucha y en la creación de un estado de ánimo antifascista del proletariado internacional. La reacción y el terror que reinan en Italia deben suscitar un odio de clase, una contraofensiva del proletariado que conducirá al reagrupamiento internacional de las fuerzas revolucionarias, a la lucha mundial contra el fascismo y contra todas las demás formas de la opresión burguesa.

## LAS TAREAS DEL PARTIDO COMUNISTA DE CARA A LA CRISIS DE LA SOCIEDAD CAPITALISTA ITALIANA

(Informe de A. Gramsci al Comité Central de PCI. «L'Unità», 26-8-1924)

(Publicamos este texto para ilustrar la posición centrista adoptada por la dirección de la Internacional Comunista y combatida por la Izquierda y que, defendida en Italia por Gramsci, se convirtió en la posición oficial del Partido Comunista de Italia una vez que la Izquierda fuese despojada de su dirección por Moscú. El lector comparará este informe de Gramsci con el informe de Bordiga sobre el fascismo al V Congreso de la Internacional Comunista un mes y medio más tarde.)

### LA CRISIS DE LAS CLASES MEDIAS

La crisis del régimen capitalista abierta tanto en Italia como en el mundo entero por la guerra no se ha visto mejorada por el fascismo. Con su método de represión gubernamental, el fascismo había vuelto muy difíciles e incluso había impedido casi totalmente las manifestaciones políticas de la crisis general del capitalismo, pero no ha puesto fin a ésta, y menos aún ha provocado una regeneración y un desarrollo de la economía nacional.

La situación actual en Italia se caracteriza generalmente por la ruina de las clases medias, por lo que nosotros, comunistas, tenemos la costumbre de afirmar: esto es verdad, pero debe ser comprendido en todo su alcance. La ruina de las clases medias es perjudicial porque, en lugar de desarrollarse, el régimen capitalista sufre un retroceso: no constituye un fenómeno gracias al cual se podrían prever las consecuencias independientemente de las condiciones generales de la economía capitalista; constituye la crisis misma del régimen capitalista, que no logra ni logrará satisfacer las exigencias vitales del pueblo italiano, y que no logra asegurar el pan y el cobijo a la inmensa masa de los italianos. El hecho de que la crisis de las clases medias esté hoy a la orden del día es únicamente un hecho político contingente, la forma del período que precisamente por eso llamamos «fascista» ¿Por qué? Porque el fascismo ha nacido y se ha desarrollado desde el principio sobre el terreno de esta crisis, porque el fascismo ha luchado contra el proletariado y se ha hecho con el poder explotando y organizando la inconsciencia y la cobardía de la pequeña burguesía llena de cólera contra la clase obrera que, gracias a la fuerza de su organización, atenúa sobre sí misma los efectos de la crisis capitalista.

El fascismo se consume y se muere precisamente porque no ha realizado ninguna de sus promesas, porque ha sofocado todo el ímpetu revolucionario del proletariado, destruido los sindicatos de clase, disminuido los salarios y aumentado la duración del trabajo. Pero esto no basta para asegurarle una vitalidad aunque sea restringida al sistema capitalista. Para esto, es necesario todavía rebajar el nivel de vida de las clases medias, expoliar y triturar la economía pequeño-burguesa y, por lo tanto, ahogar todo tipo de libertad, y no solamente las libertades proletarias, combatir no solamente a los partidos obreros, sino también y especialmente, en una fase determinada, todos los partidos políticos no fascistas, todas las asociaciones no controladas directamente por el fascismo oficial.

### POR QUÉ MUERE EL RÉGIMEN FASCISTA

¿Por qué la crisis de las clases medias ha tenido en Italia consecuencias más radicales que en los demás países y por

qué ha conducido al fascismo al poder? Porque en nuestro país, conociendo el débil desarrollo de la industria y su carácter regional, no solamente la pequeña burguesía es muy numerosa, sino que es la única clase «territorialmente» nacional: en los años que han seguido a la guerra la crisis capitalista ha tomado igualmente la forma aguda de una descomposición del Estado unitario y ha favorecido el renacer de una ideología confusamente patriótica: no había otra solución después de 1920 que el fascismo, o que la clase obrera llevase a cabo su función, que era la de crear por sus propios medios un Estado capaz de satisfacer las exigencias nacionales unitarias de la sociedad italiana.

*El régimen fascista muere no solamente porque no ha conseguido parar, sino porque ha acelerado la crisis de las clases medias. El aspecto económico de esta crisis consiste en la ruina de la pequeña y la mediana empresa: las quiebras se han multiplicado rápidamente en el transcurso de los dos últimos años. El monopolio del crédito, el régimen fiscal, la legislación sobre la fijación de cánones han pisoteado a la pequeña empresa comercial e industrial: se ha producido un verdadero traspaso de riqueza de la pequeña y mediana burguesía a la grande sin desarrollo del aparato de producción: el pequeño empresario no se ha convertido en proletario, pero está permanentemente necesitado, desesperado, sin perspectivas de futuro. La aplicación de la violencia fascista para constreñir a los ahorradores a invertir sus capitales en un sector dado no ha dado buen resultado para los pequeños industriales: cuando esto ha tenido éxito no ha hecho más que desplazar los efectos de la crisis de una capa social a otra, extendiendo el descontento y la desconfianza, ya grandes, de los ahorradores hacia el monopolio existente en el terreno bancario y hacia la táctica de los golpes de mano, a la cual, en medio de la pobreza general, los grandes empresarios deben recurrir para asegurarse los créditos.*

### CONSECUENCIAS DE LA POLÍTICA FISCAL EN LOS CAMPOS

En los campos el desarrollo de la crisis está ligado más estrechamente a la política fiscal del Estado fascista. De 1920 hasta hoy, el presupuesto medio de una familia de arrendatarios o de pequeños propietarios ha disminuido alrededor de 7.000 liras debido al aumento de impuestos, la agravación de los contratos...

La crisis se manifiesta típicamente entre la pequeña empresa de la Italia Septentrional y Central. En el sur intervienen nuevos factores, entre los cuales el principal es la ausencia de emigración y el aumento de la presión demográfica que resulta de ello, y que viene acompañada de una disminución de la superficie cultivada, y por tanto de la cosecha.

El último año, la cosecha de trigo fue de 78 millones de quintales en toda Italia, cantidad superior a la media a escala nacional, pero inferior a la media en el sur. Este año la cosecha ha sido inferior a la media en toda Italia y ha faltado por completo en el sur. Las consecuencias de esta situación no se han manifestado todavía de forma violenta, porque la economía del sur está atrasada, lo cual impide que la crisis se manifieste inmediatamente de forma aguda como se ha producido en los países con un capitalismo avanzado; no obstante, en Cerdeña se han producido graves incidentes determinados por el malestar económico y que han expresado el descontento popular.

## **EL EMPOBRECIMIENTO DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS HUMANAS**

La crisis del sistema capitalista no ha sido frenada por el régimen fascista. Con el régimen fascista los medios de existencia del pueblo italiano se han reducido. Se ha producido un encogimiento del aparato productivo justo en el momento en que la presión demográfica aumentaba colocando obstáculos y oponiéndose a la emigración al otro lado del Atlántico. EL REDUCIDO APARATO INDUSTRIAL NO HA PODIDO ESCAPAR A UNA CAÍDA COMPLETA SINO REDUCIENDO EL NIVEL DE VIDA DE LA CLASE OBRERA YA TOCADA POR EL PARO Y LA CARESTÍA DE LA VIDA. ESTO HA PROVOCADO LA EMIGRACIÓN DE LOS OBREROS CUALIFICADOS, ES DECIR, UN EMPOBRECIMIENTO DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS HUMANAS, ES DECIR, LA DISMINUCIÓN DE UNA DE LAS MAYORES RIQUEZAS NACIONALES. Las clases medias, que habían puesto todas sus esperanzas en el régimen fascista, se han visto arrastradas por la crisis general, y se han convertido en la expresión de la crisis capitalista en este período.

Si hemos señalado rápidamente todos estos elementos ha sido para recordar todo el alcance de la actual situación, la cual no comporta en sí misma ninguna virtud de mejora económica. LA CRISIS ECONÓMICA ITALIANA NO PUEDE SER RESUELTA NADA MÁS QUE POR EL PROLETARIADO. ES SOLAMENTE ENSARTÁNDOSE EN UNA REVOLUCIÓN EUROPEA Y MUNDIAL QUE EL PUEBLO ITALIANO PUEDE REENCONTRAR LA CAPACIDAD DE HACER VALER SUS FUERZAS PRODUCTIVAS HUMANAS Y DAR AL APARATO NACIONAL DE PRODUCCIÓN UN NUEVO DESARROLLO. El fascismo solamente ha retardado la revolución proletaria: no la ha convertido en algo imposible; él mismo ha contribuido a extender y a preparar el terreno de la revolución proletaria que, después de la experiencia fascista, será verdaderamente popular.

## **LAS OPOSICIONES Y EL FASCISMO**

La primera manifestación masiva de la disgregación social y política del fascismo se ha producido después de las elecciones del 6 de abril. El fascismo ha sido minoritario en la zona industrial de Italia, es decir, allí donde reside la fuerza económica y política que domina la nación y el Estado. HABIENDO DEMOSTRADO QUE LA ESTABILIDAD DEL RÉGIMEN ERA PURAMENTE APARENTE, LAS ELECCIONES DEL 6 DE ABRIL HAN DEVUELTO EL CORAJE A LAS MASAS Y HAN DETERMINADO CIERTO MOVIMIENTO EN SU SENO QUE MARCA EL PRINCIPIO DE LA OLEADA DEMOCRÁTICA QUE HA CULMINADO DURANTE LOS DÍAS QUE HAN SEGUIDO AL ASESINATO DEL DIPUTADO MATTEOTTI, Y QUE AÚN HOY CARACTERIZA LA SITUACIÓN.

Después de las elecciones, las Oposiciones habían adquirido una importancia política enorme; la agitación que desarrollaban en la prensa y en el Parlamento, discutiendo y negando la legitimidad del gobierno fascista, contribuía grandemente a la disolución de todos los órganos del Estado controlados y dominados por el fascismo, y que repercutían en el mismo seno del Partido Nacional Fascista, debilitando a la mayoría parlamentaria. De ahí, la campaña insólita de amenazas contra las Oposiciones y el asesinato del diputado del Partido Socialista Unitario. La oleada de indignación suscitada por el crimen sorprendió al Partido Fascista, el cual se vio presa del pánico y perdido: los tres documentos redactados en este momento por el diputado Finzi, por Filipelli y por Cesarino Rossi y puestos en conocimiento de las Oposiciones, demostraron que la cúspide del Partido Fascista había perdido toda confianza en sí misma y acumulado error tras error; a partir de este momento, el régimen fascista ha entrado en estado de agonía; se ve aún sostenido por fuerzas llamadas de apoyo, pero de la misma forma que el péndulo está sostenido por la cuerda.

## **MUSSOLINI: UN FENÓMENO DE FOLKLORE CAMPESINO**

El asesinato de Matteotti ha probado que el Partido Fascista no conseguía nunca convertirse en un partido gubernamental normal, que Mussolini sólo tiene de hombre de Estado y de dictador nada más que las actitudes externas. No constituye un elemento de la vida nacional, sino un fenómeno de folklore campesino destinado a pasar a la historia a continuación de los personajes de la comedia provincial italiana, mejor que en la serie de los Cromwell, Bolívar y Garibaldi.

La oleada popular antifascista provocada por el asesinato de Matteotti ha encontrado una forma política en el abandono de la sala del Parlamento por los partidos de la oposición. La asamblea de las Oposiciones se ha convertido en un centro nacional italiano alrededor del cual se organiza la mayoría del país; un Estado ha sido creado dentro del Estado, un gobierno anti-fascista se constituyó contra el gobierno fascista. El Partido Fascista fue impotente para frenar la situación: la crisis le había alcanzado plenamente, devastando su organización; la primera tentativa de movilizar a su milicia nacional fue un rotundo fracaso, sólo respondió a su llamada el 20% de los efectivos; en Roma sólo se presentaron 800 milicianos en los cuarteles. La movilización no tuvo éxito nada más que en algunas provincias agrícolas como Grosseto y Perugia, lo que permitió al gobierno formar en Roma una legión dispuesta a afrontar una sangrienta lucha.

## **EL SEMI-FASCISMO DE LAS «OPOSICIONES»**

Las Oposiciones son el hogar del movimiento popular antifascista. Representan políticamente la oleada democrática que es característica de la fase actual de la crisis social italiana. Al principio, incluso la inmensa mayoría del proletariado se hallaba orientada hacia las Oposiciones. Era nuestro deber, como comunistas, tratar de impedir el que tal estado de cosas tomase un carácter permanente. Es por esto que nuestro grupo parlamentario entró en el Comité de las Oposiciones aceptando y poniendo de relieve el principal carácter de la crisis política, es decir, la existencia de dos poderes, de dos parlamentos. SI HUBIESEN QUERIDO CUMPLIR CON SU DEBER, TAL COMO SE LO INDICABAN LAS MASAS EN MOVIMIENTO, LAS OPOSICIONES HABRÍAN DEBIDO OFRECER

UNA FORMA POLÍTICA DEFINIDA RESPECTO AL ESTADO DE COSAS QUE EXISTÍA OBJETIVAMENTE, PERO SE NEGARON A ELLO. HUBIESE SIDO PRECISO LANZAR UNA LLAMADA AL PROLETARIADO, YA QUE SÓLO ÉL ERA CAPAZ DE DAR SUSTANCIA A UN RÉGIMEN DEMOCRÁTICO; HUBIESE SIDO NECESARIO AHONDAR EN EL MOVIMIENTO DE HUELGA QUE SE ESTABA DELINEANDO. PERO LAS OPOSICIONES TENÍAN MIEDO DE SER SUMERGIDAS POR UNA EVENTUAL INSURRECCIÓN OBRERA; QUERÍAN SALIR DEL TERRENO PURAMENTE PARLAMENTARIO EN LAS CUESTIONES POLÍTICAS NI DEL TERRENO JURÍDICO EN LA CAMPAÑA LANZADA CON OCASIÓN DEL ASESINATO DE MATTEOTTI PARA MANTENER LA AGITACIÓN EN EL PAÍS. LOS COMUNISTAS, QUE NO PODÍAN ACEPTAR UNA DESCONFIANZA DE PRINCIPIO RESPECTO A LA ACCIÓN PROLETARIA, QUE NO PODÍAN ACEPTAR QUE EL COMITÉ DE LAS OPOSICIONES TOMASE LA FORMA DE UN BLOQUE DE PARTIDOS, FUERON PUESTOS AL MARGEN.

Nuestra participación en el Comité en una primera fase y nuestra salida en una segunda fase han tenido las siguientes consecuencias:

1) Nos han permitido remontar la fase más aguda de la crisis sin perder el contacto con las grandes masas trabajadoras; quedándose aislado, nuestro partido habría sido sepultado por la oleada democrática.

2) Hemos quebrado el monopolio de la opinión pública que las Oposiciones amenazaban con instaurar; una fracción siempre creciente de la clase obrera está convenciéndose de que el bloque de las Oposiciones representa un semi-fascismo, que quiere solamente reforzar suavizando la dictadura fascista, sin hacer perder al sistema capitalista ni uno sólo de los logros que el terror y la ilegalidad le han asegurado durante los últimos años rebajando el nivel de vida del pueblo italiano.

LA SITUACIÓN OBJETIVA NO HA CAMBIADO EN DOS MESES. TODAVÍA EXISTEN EN EL PAÍS DOS GOBIERNOS QUE LUCHAN EL UNO CONTRA EL OTRO Y SE DISPUTAN LAS FUERZAS REALES DEL APARATO DEL ESTADO BURGUÉS. EL RESULTADO DE LA LUCHA DEPENDERÁ DE LOS EFECTOS DE LA CRISIS GENERAL EN EL SENO DEL PARTIDO NACIONAL FASCISTA, DE LA ACTITUD DEFINITIVA DE LOS PARTIDOS QUE FORMAN EL BLOQUE DE LAS OPOSICIONES Y DE LA ACCIÓN DEL PROLETARIADO REVOLUCIONARIO GUIADO POR NUESTRO PARTIDO.

## ¿CÓMO SE DEFINE LA ESENCIA DEL FASCISMO?

¿En qué consiste la crisis del fascismo? Para comprenderla es preciso ante todo definir la esencia del fascismo [Es el dirigente de la Izquierda, Amadeo Bordiga, quien ha insistido sobre esta necesidad, en particular en el artículo «**La Relación de las Fuerzas Sociales y Políticas en Italia**», incluido en esta publicación.], pero la verdad es que la esencia del fascismo no reside en el fascismo en sí. La esencia del fascismo viene dada en los años 1922–23 por una cierta relación de fuerzas en el seno de la sociedad italiana. Hoy, esta relación se ha transformado profundamente, y «**la esencia**» se ha esfumado. La característica del fascismo consiste en haber conseguido constituir una organización de masas de la pequeña burguesía. Es la primera vez en la historia que esto se produce. La originalidad del fascismo consiste en haber encontrado la forma adecuada para organizar una clase social que siempre ha sido incapaz de tener una organización y una ideología unitaria:

esta forma de organización es el ejército en campaña. LA MILICIA ES POR LO TANTO EL EJE DEL PARTIDO NACIONAL FASCISTA. NO SE PUEDE DISOLVER LA MILICIA SIN DISOLVER TAMBIÉN TODO EL PARTIDO. NI EXISTE NINGÚN PARTIDO FASCISTA QUE SEA CAPAZ DE TRANSFORMAR LA CANTIDAD EN CALIDAD, QUE SEA UN APARATO DE SELECCIÓN POLÍTICA PARA UNA CLASE, PARA UNA CAPA SOCIAL; EXISTE SÓLAMENTE UN AGREGADO MECÁNICO INDIFERENCIADO E INDIFERENCIABLE DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LAS CAPACIDADES INTELECTUALES Y POLÍTICAS, QUE VIVE ÚNICAMENTE PORQUE SE HA FORJADO EN LA GUERRA CIVIL UN POTENTE ESPÍRITU DE CUERPO QUE SE IDENTIFICA GROSERAMENTE CON LA IDEOLOGÍA NACIONAL. Fuera de la organización militar el fascismo no ha dado nada ni puede dar nada, e incluso en este terreno es muy poco lo que puede dar.

## VALOR DE LA FÓRMULA: «CONQUISTA DEL ESTADO»

Así modelado por las circunstancias, el fascismo no está en condiciones de cumplir sus promesas ideológicas. El fascismo dice hoy que quiere conquistar el Estado; al mismo tiempo, dice que quiere convertirse en un fenómeno esencialmente rural. Es difícil comprender como pueden conciliarse estas dos afirmaciones. Para conquistar el Estado es preciso ser capaz de suplir a la clase dominante en las funciones que tienen una importancia vital para el gobierno de la sociedad. EN ITALIA, COMO EN TODOS LOS PAÍSES CAPITALISTAS, CONQUISTAR EL ESTADO SIGNIFICA TENER LA CAPACIDAD DE SUPLIR A LOS CAPITALISTAS EN EL GOBIERNO DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS DEL PAÍS.

Esto puede ser realizado por la clase obrera, pero no por la pequeña burguesía, la cual no ejerce ninguna función esencial en el terreno de la producción y que, en la fábrica, cumple una función esencialmente policial y nulamente productiva. *La pequeña burguesía no puede conquistar el Estado nada más que aliándose con la clase obrera y aceptando su programa, sistema soviético en lugar del Parlamento en la organización estatal, comunismo y no capitalismo en la organización de la economía nacional e internacional.*

La expresión «**conquista del Estado**» carece de sentido en boca de los fascistas, ya que no puede significar nada más que una cosa: invención de un mecanismo electoral capaz de dar la mayoría parlamentaria a los fascistas en cualquier ocasión y a cualquier precio. La verdad es que toda la ideología fascista es un juego para los Balilla (organización de las juventudes fascistas, que agrupaba a niños de 8–14 años; ndr.). Es una improvisación de diletantes que, en el pasado, en una situación favorable, podía hacer ilusión a los que la adoptaban, pero que hoy está destinada a caer en el ridículo incluso ante los ojos de los mismos fascistas. El único residuo activo del fascismo es el espíritu militar que ha forjado de cara al peligro de una venganza popular: la crisis política de la pequeña burguesía, el paso de la inmensa mayoría de esta clase a las banderas de las Oposiciones, la ineficacia de las medidas generales anunciadas por los jefes fascistas, pueden reducir considerablemente la eficacia militar del fascismo, pero no anularla.

## MAXIMALISTAS Y «POPULARES» EN EL SISTEMA DE LAS FUERZAS DEMOCRÁTICAS ANTI-FASCISTAS

El sistema de las fuerzas democráticas antifascistas

saca la fuerza principal de la existencia del Comité parlamentario de las Oposiciones, que ha logrado imponer cierta disciplina a toda una gama de partidos que va desde los maximalistas al Partido Popular. El rasgo más característico de la situación es que tanto los maximalistas como los «populares» obedecen a una misma disciplina y trabajan sobre un mismo plan programático. Este hecho hace más lenta y vuelve más laboriosa la evolución de los hechos y determina la táctica de conjunto de las Oposiciones, que está compuesta de expectativa, de lentas maniobras de envoltura y de paciente trabajo de zapa de todas las posiciones del gobierno fascista.

**POR SU ADHESIÓN AL COMITÉ Y POR SU ACEPTACIÓN DE LA DISCIPLINA COMÚN, LOS MAXIMALISTAS GARANTIZAN LA PASIVIDAD DEL PROLETARIADO; ASEGURAN A LA BURGUESÍA, LA CUAL TITUBEA TODAVÍA ENTRE LA DEMOCRACIA Y EL FASCISMO, QUE UNA ACCIÓN AUTÓNOMA DE LA CLASE OBRERA NO SERÁ POSIBLE O NO LO SERÁ HASTA MUCHO MÁS TARDE, CUANDO UN NUEVO GOBIERNO SE HAYA CONSTITUIDO Y REFORZADO, CUANDO UN NUEVO GOBIERNO SE HALLE EN DISPOSICIÓN DE APLASTAR UNA INSURRECCIÓN DE LAS MASAS ENGAÑADAS TANTO POR EL FASCISMO, COMO POR EL ANTIFASCISMO DEMOCRÁTICO.**

La presencia de los populares es una garantía contra una solución intermedia, es decir, contra una coalición fascisto-popular como la de octubre de 1922, que podría ser muy probable, impuesta por el Vaticano para el caso en que los maximalistas saliesen del bloque para aliarse con nosotros, comunistas. El principal esfuerzo de los partidos intermedios (reformistas y constitucionalistas) ayudados por los «populares» de izquierda tiende ahora a este fin: mantener a los dos extremos dentro de la misma alianza. El espíritu servil de los maximalistas cumple la función del bufón en la comedia: los maximalistas han aceptado no tener más peso en las Oposiciones que el Partido campesino o los grupos de «**Revolución Liberal**».

## CONSTITUCIONALES Y REFORMISTAS

Las fuerzas mayores siguen a la oposición de los populares y de los reformistas, los cuales tienen una vasta influencia en las ciudades y en los campos. La influencia de estos dos partidos está integrada por los constitucionalistas de Amendola, que aportan a la coalición la adhesión de vastas capas del ejército, de antiguos combatientes y de la corte. La división del trabajo de agitación se efectúa entre los partidos en función de sus tradiciones y de su papel social. Los constitucionalistas tienen la dirección del movimiento, de manera que la táctica del bloque tiende a anular al fascismo.

Los «populares» llevan a cabo la campaña moral sobre la base del proceso y de sus lazos con el régimen fascista, con la corrupción y la criminalidad que han florecido alrededor del régimen. Los reformistas resumen estas dos aptitudes y se empequeñecen para hacer olvidar su pasado demagógico, para hacer creer en su redención y en su completa identificación con el diputado Amendola y el senador Albertini.

La actitud unitaria de las Oposiciones les ha asegurado notables éxitos, pues es indudablemente un éxito el haber provocado la crisis en el seno de las fuerzas que apoyan al fascismo, es decir, haber obligado a los liberales a diferenciarse activamente del fascismo y a plantearle condiciones. Esto ha tenido ya, y tendrá aún, repercusiones en el seno del fascismo, ha creado una dualidad entre el partido

fascista y la organización central de los milicianos. Pero ha desplazado todavía más a la derecha el centro de gravedad del bloque de las Oposiciones, es decir, que ha acentuado todavía el carácter conservador del antifascismo: los maximalistas se han apercibido de esto y están dispuestos a jugar el papel de tropas coloniales no solamente detrás de Amendola y Albertini, sino detrás de Salandra y Cadorna.

## COMPROMISOS Y LUCHA ARMADA

¿Cómo se resolverá esta dualidad de poder? ¿Habrá un compromiso entre el fascismo y las Oposiciones? ¿Y si el compromiso es imposible, habrá lucha armada?

El compromiso no está excluido absolutamente, pero es muy improbable. La crisis por la que atraviesa el país no es un fenómeno superficial, capaz de curarse mediante pequeñas medidas y pequeños expedientes: es la crisis histórica de la sociedad capitalista italiana, en la cual el sistema económico se muestra insuficiente para cubrir las necesidades de la población. Todas las relaciones están exasperadas y las grandes masas de la población esperan otra cosa muy distinta que un pequeño compromiso. En caso de darse, es, sería un suicidio de los principales partidos democráticos; pondría al orden del día de la vida nacional la insurrección armada para los fines más radicales. Debido a la naturaleza de su organización, el fascismo soporta a colaboradores que estén en igualdad de derechos con él, necesita esclavos encadenados, y en un régimen fascista no puede existir una asamblea representativa: toda asamblea se convierte necesariamente en una masa de maniobra o en la simple antecámara del puesto de guardia de oficiales subalternos borrachos. Es por esto que la crónica registra cotidianamente una sucesión de acontecimientos políticos que denotan la disgregación del sistema fascista, y la ruptura lenta, pero inexorable, de todas las fuerzas periféricas del sistema fascista.

## ¿UNA CONTRAMARCHA SOBRE ROMA EN EL MOMENTO DE APERTURA DE LA CÁMARA?

¿Habrá por lo tanto un conflicto armado? Tanto las Oposiciones como el fascismo evitarán una lucha a gran escala. Se producirá un fenómeno inverso al que se produjo en octubre de 1922. En aquel entonces la marcha sobre Roma fue la expresión coreográfica del proceso molecular que hizo pasar a las fuerzas reales del Estado (ejército, magistratura, policía, prensa, Vaticano, masonería, corte, etc...) al campo del fascismo.

Hoy, estas fuerzas pasan al campo de las Oposiciones. Si el fascismo quisiera resistir, sería destruido en el transcurso de una larga guerra civil en la cual el proletariado y los campesinos no podrían dejar de tomar parte. Las Oposiciones y el fascismo no desean llevar a cabo una lucha a fondo y la evitarán sistemáticamente. El fascismo tenderá, por el contrario, a conservar la base de una organización armada que entre en liza en cuanto se perfila una nueva oleada revolucionaria, y esto está lejos de molestar a los Amendola, Albertini y a los Turati y a los Treves.

El drama tendrá lugar en una fecha fija, según todas las probabilidades; ha sido preparado para el día de reapertura de la Cámara de los Diputados. La coreografía democrática reemplazará a la coreografía miliciana de octubre de 1922 y será más brillante. Si las Oposiciones no vuelven al Parlamento como han anunciado y los fascistas convocan la mayoría como

Constituyente fascista, tendremos una reunión de las Oposiciones y una apariencia de lucha entre las dos asambleas.

Pero es posible que la situación tenga su desenlace en la sala del Parlamento, donde las Oposiciones volverán a entrar en el caso muy probable de una escisión de la mayoría que pondría en minoría al gobierno Mussolini. En este caso, asistiremos a la formación de un gobierno provisional de generales, de senadores y de ex-presidentes del Consejo, a la disolución de la Cámara y a la proclamación del estado de sitio.

El campo sobre el cual la crisis se desarrollará continuará siendo el proceso por el asesinato de Matteotti. A este respecto, viviremos todavía fases muy dramáticas, ya que los tres documentos de Finzi, Filipelli y Rosse serán publicados y las más altas personalidades del régimen serán sumergidas por la pasión popular. Todas las fuerzas reales del Estado, en particular las fuerzas armadas, alrededor de las cuales se empiezan ya a discutir, deberán colocarse definitivamente en un campo u otro e imponer la solución precisa acordada de antemano.

### LA TÁCTICA DE NUESTRO PARTIDO

¿Cuál debe ser la actitud política y táctica de nuestro partido en la actual situación? La situación es «**democrática**» porque las grandes masas trabajadoras están desorganizadas, dispersas, pulverizadas en la masa inorgánica del pueblo. Sea cual sea la forma en la cual se manifieste la crisis de inmediato, nosotros no podemos prever más que una simple mejoría de la posición política de la clase obrera, y no una lucha victoriosa de su parte hacia el poder. LA TAREA ESENCIAL DE NUESTRO PARTIDO CONSISTE EN CONQUISTAR A LA MAYORÍA DE LA CLASE OBRERA; LA FASE QUE ATRAVESAMOS NO ES UNA FASE DE LUCHA DIRECTA POR EL PODER, SINO UNA FASE DE PREPARACIÓN, DE TRANSICIÓN EN LA LUCHA HACIA EL PODER, UNA FASE DE AGITACIÓN, DE PROPAGANDA, DE ORGANIZACIÓN EN SUMA. ES NECESARIO NATURALMENTE NO EXCLUIR LAS LUCHAS QUE ESTALLEN Y NUESTRO PARTIDO DEBE PREPARARSE DESDE AHORA PARA AFRONTARLAS, PERO ESTAS LUCHAS DEBEN CONSIDERARSE EN EL CUADRO DE LA FASE DE TRANSICIÓN, COMO ELEMENTOS DE PROPAGANDA Y DE AGITACIÓN PARA LA CONQUISTA DE LA MAYORÍA. Si hay en nuestro partido grupos y tendencias que quisieran por fanatismo forzar la situación (Insinuaciones dirigidas contra la Izquierda y su dirigente, Amadeo Bordiga, que ya había respondido sobre el fascismo en su informe del 2 de Julio de 1924 ante el V Congreso de la IC, sin que, como se ve aquí, Gramsci le preste ninguna atención, ndr.), es necesario luchar contra ellos en nombre de todo el partido y de los intereses vitales y permanentes de la Revolución proletaria italiana. La crisis Matteotti nos ha dado numerosas lecciones a este respecto. Nos ha enseñado que después de tres años de terror y de opresión, las masas se han vuelto más prudentes y no quieren dar pasos más largos que sus piernas. Esta prudencia se llama reformismo, se llama maximalismo, se llama «**bloque de oposiciones**». Ciertamente, esta prudencia está destinada a desaparecer y esto no tardará mucho; pero mientras llega, existe, y no puede ser superada nada más que si nosotros no perdemos el contacto con el conjunto de la clase trabajadora y progresamos a la vez un poco, en cada ocasión y en cada momento. Por esto, debemos luchar contra toda tendencia de derecha que quisiese un compromiso con las Oposiciones y que trataría de obstaculizar el desarrollo revolucionario de nuestra táctica y de nuestro

trabajo de preparación de la fase sucesiva.

### EL TRABAJO DE LAS CÉLULAS COMUNISTAS

La primera tarea de nuestro partido consiste en prepararse de manera que se encuentre apto ante su misión histórica. En cada fábrica, en cada pueblo, debe existir una célula comunista que represente al Partido y a la Internacional, y sepa trabajar políticamente, teniendo iniciativa. Es necesario luchar contra cierta pasividad que subsiste aún en nuestras filas y contra una tendencia que quiere mantener poco numerosos los efectivos del Partido.

Por el contrario, debemos convertirnos en un gran Partido, debemos atraer al mayor número posible de obreros y de campesinos revolucionarios para educarlos para la lucha, para hacer de ellos organizadores y dirigentes de masas, para elevarlos políticamente. El Estado obrero y campesino no puede edificarse nada más que disponiendo la Revolución de elementos políticamente cualificados; la lucha por la Revolución no puede ser conducida victoriosamente nada más que si las grandes masas están, en todas sus formaciones locales, encuadradas por camaradas honestos y capaces. De otra forma volveríamos, sin lugar a dudas, a los años 1919–20, como dicen los reaccionarios, es decir, a los años de impotencia obrera, de demagogia maximalista, de derrota de las clases trabajadoras. Nosotros, comunistas, no queremos volver más a los años 1919–20.

### LA ACCIÓN SINDICAL PARA SALIR DE LA DEMOCRACIA PARLAMENTARIA

El Partido tiene una gran tarea que cumplir en el terreno sindical. Sin las grandes organizaciones sindicales, no puede salir de la democracia parlamentaria. Los reformistas pueden querer pequeños sindicatos, y pueden intentar formar exclusivamente corporaciones de obreros cualificados. NOSOTROS, COMUNISTAS, QUEREMOS LO CONTRARIO QUE LOS REFORMISTAS Y DEBEMOS LUCHAR PARA REORGANIZAR A LAS GRANDES MASAS. DEBEMOS PLANTEARNOS EL PROBLEMA CONCRETAMENTE Y NO SOLAMENTE EN LA FORMA. LAS MASAS HAN ABANDONADO EL SINDICATO PORQUE LA CONFEDERACIÓN GENERAL DEL TRABAJO (CGL), QUE TIENE POR OTRA PARTE UNA GRAN EFICACIA POLÍTICA (NO ES OTRA QUE EL PARTIDO UNITARIO) NO SE INTERESA POR LOS INTERESES VITALES DE LAS MASAS. NOSOTROS NO PODEMOS ASIGNARNOS COMO FIN CREAR UN NUEVO ORGANISMO QUE SE PROPONGA ENMENDAR LOS ERRORES DE LA CONFEDERACIÓN. PODEMOS Y DEBEMOS PROPONERNOS DESARROLLAR, ENTRE LAS CÉLULAS DE LAS FÁBRICAS Y DE LOS PUEBLOS, UNA ACTIVIDAD REAL. EL PARTIDO COMUNISTA REPRESENTA LA TOTALIDAD DE LOS INTERESES Y DE LAS ASPIRACIONES DE LA CLASE TRABAJADORA. NO SOMOS UN PARTIDO PURAMENTE PARLAMENTARIO. Debemos, por lo tanto, llevar a cabo una verdadera acción sindical, colocarnos a la cabeza de las masas inclusive en las pequeñas luchas cotidianas por el salario, por la disminución de la jornada de trabajo, por la disciplina industrial, por la vivienda y por el pan. Nuestras células deben potenciar las Comisiones internas y englobar en su funcionamiento todas las actividades proletarias. Es necesario, por lo tanto, suscitar un amplio movimiento en las fábricas, susceptible de desarrollarse hasta el punto de constituir una organización de los Comités proletarios de las ciudades, elegidos

directamente por las masas que, en la crisis social que se perfila, presidirán los intereses generales de todo el pueblo trabajador. Esta acción real en las fábricas y en los pueblos revalorizará al sindicato, le devolverá un contenido y una eficacia si, paralelamente, todos los elementos de vanguardia entran en la organización para luchar contra los actuales dirigentes reformistas y maximalistas.

QUIEN SE ALEJE DE LOS SINDICATOS ES ACTUALMENTE UN ALIADO DE LOS REFORMISTAS, NO UN ALIADO REVOLUCIONARIO: PODRÁ HACER MUY BIEN FRASES A LA MANERA DE LOS ANARQUISTAS, PERO NO MOVERÁ UN ÁPICE LAS TERRIBLES CONDICIONES EN LAS QUE SE DESARROLLA LA LUCHA REAL.

La medida en la cual el conjunto del Partido, es decir, la masa de sus miembros, conseguirá realizar su tarea esencial, que es la conquista de la mayoría de los trabajadores y la transformación molecular de las bases del Estado democrático,

será también la medida de nuestros progresos sobre el camino de la Revolución, de la proximidad del paso a una nueva fase del desarrollo. Todo el Partido, en todos sus órganos, pero especialmente en su prensa, debe trabajar de manera unitaria para sacar el máximo rendimiento a los esfuerzos de cada uno.

HOY, ESTAMOS ALINEADOS PARA LA LUCHA GENERAL CONTRA EL RÉGIMEN FASCISTA A LAS TONTAS CAMPAÑAS DE LOS PERIÓDICOS DE LA OPOSICIÓN, NOSOTROS RESPONDEMOS DEMOSTRANDO NUESTRA VOLUNTAD REAL DE ABATIR NO SOLAMENTE EL FASCISMO DE MUSSOLINI Y DE FARINACCI, SINO TAMBIÉN EL SEMI-FASCISMO DE AMENDOLA, STURZO, TURATI. PARA ESTO, ES NECESARIO REORGANIZAR A LAS GRANDES MASAS Y CONVERTIRSE EN UN GRAN PARTIDO, EL ÚNICO PARTIDO EN EL CUAL LA POBLACIÓN TRABAJADORA PUEDA VER LA EXPRESIÓN DE SU VOLUNTAD POLÍTICA, EL REPRESENTANTE DE SUS INTERESES INMEDIATOS Y PERMANENTES EN LA HISTORIA.